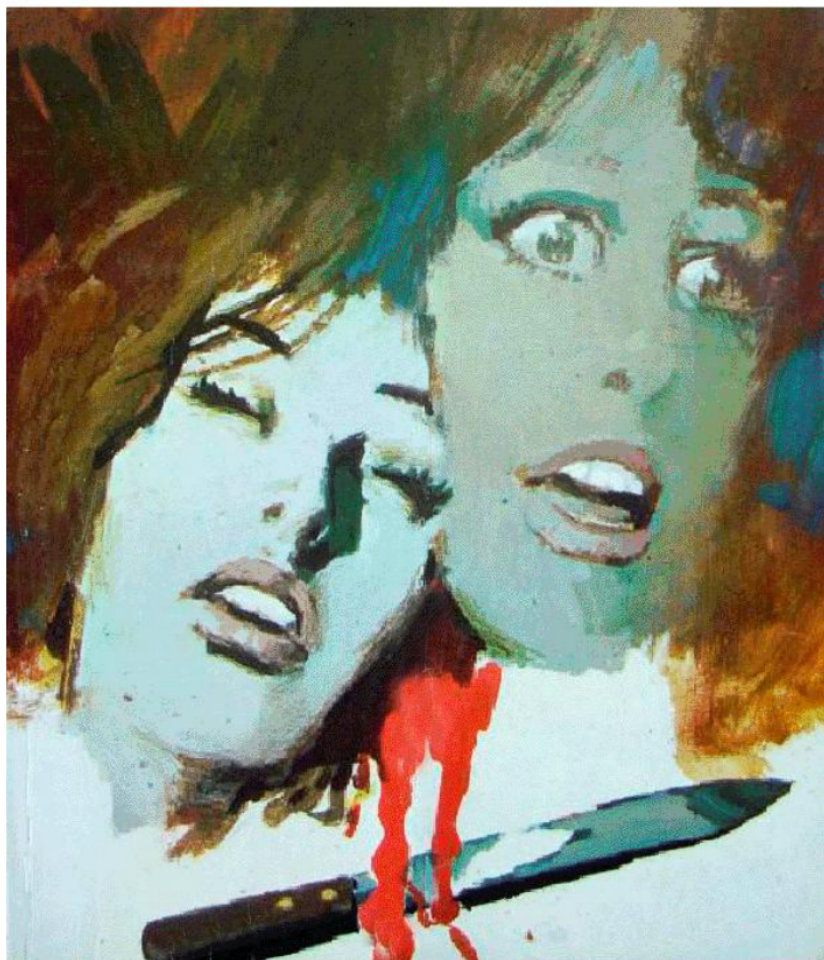


BOLSILIBROS
BRUGUERA
POLICIACA
SERIE
PUNTO
ROJO

extraña manera de morir

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Se complace en anunciar la incorporación a su prestigioso grupo de colaboradores de un autor cuyos lectores se cuentan ya por millares.

**Lou
CARRIGAN**

cuyas obras, verdaderas joyas de la literatura policiaca, aparecerán quincenalmente en la colección:

LA HUELLA

La intriga, el suspense y la acción incesante, son las características más acusadas de este autor cuyas obras le apasionarán sin duda alguna.

APARECERA A LA VENTA EN JUNIO

BURTON HARE

EXTRAÑA MANERA DE MORIR

Colección **PUNTO ROJO** n.º 626
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

Déposito legal: B 3.997 - 1974

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1974

© BURTON HARE - 1974

texto

© DESILO- 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.235. — El precio de un asesino.

En Colección PUNTO ROJO:

622. — Pesadilla en rojo sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

La muchacha miró a su alrededor, al armario abierto, los cajones fuera de su sitio y casi vacíos.

Luego, cerró las dos maletas que estaban sobre la cama y que había llenado con las delicadas y lujosas ropas que cualquier mujer de buen gusto hubiera envidiado.

Trató de recordar si faltaba recoger alguna cosa más. Le pareció que no, de modo que tomando las dos maletas las llevó cerca de la puerta de salida del lujoso apartamento.

Por última vez, puesto que sabía sin ninguna duda que jamás volvería a ver el lujo que la rodeaba, volvió atrás y echó el postrer vistazo al tocador por si quedaba en él algún objeto personal.

No había nada. Suspiró, Ya podía marcharse.

En ese momento preciso se apagó la luz y las sombras la envolvieron.

Soltó un débil grito de susto, preguntándose qué podía haber provocado el apagón.

A tientas se encaminó a la puerta. Tropezó duramente con una mesita y volvió a lanzar una exclamación, esta vez de dolor. Se entretuvo unos instantes acariciándose la espinilla lastimada y después, murmurando su disgusto por aquella oscuridad, reanudó su camino en las tinieblas.

De pronto, al llegar al pequeño *hall*, notó una corriente de aire, como si la puerta del apartamento estuviera abierta. Recordó que ella no la había abierto todavía y se detuvo, perpleja.

Antes que el temor pudiera hacer presa en ella, algo muy duro se abatió sobre su cráneo. Ni siquiera gritó. Sólo cayó de bruces con un golpe sordo.

Aquella cosa terriblemente dura subió y bajó una vez más, con ímpetu salvaje, contra su indefensa nuca.

Una voz contenida gruñó:

—¿La tienes?

—Seguro.

—Hay que sacarla por la escalera de escape... no enciendas la luz por si hay algún vecino desvelado.

—Esto está más negro que la tinta...

Los dos hombres levantaron el cuerpo inerte y atravesaron todo el piso. En su camino derribaron la mesita y una silla, pero ahora tenían prisa por salir y apenas si les importó el estrépito.

La escalera metálica adosada a la pared posterior del edificio estaba casi tan oscura como el apartamento. Descendieron con dificultad, cautelosos, hasta el último tramo deslizante.

Allí, uno saltó primero. El otro dejó caer el cuerpo de la muchacha, que rebotó en el suelo y luego se deslizó él.

—¡Vamos, vamos! —urgió el que llevaba el mando.

Había un largo sedán negro aparcado a la entrada del callejón. Los dos hombres, tras asegurarse de que nadie estaba lo bastante cerca para inquietarles, arrojaron a la inerte muchacha sobre el asiento posterior.

Instantes después, el auto corrió cuesta abajo, sorteando el tráfico y los chirriantes tranvías, vieja reliquia de San Francisco.

Al fondo, como la decoración de un inmenso teatro de quimera, las luces del Golden Gate se reflejaban en las aguas de la bahía, igual que doradas pupilas que le guiñaran a la ciudad.

Veinte minutos más tarde, el conductor estacionó a la sombra de un inmenso almacén del muelle. Los dos hombres se apearon.

La oscuridad les protegía. No había nadie en todo lo que alcanzaba la vista, y el único rumor que se escuchaba era el chapoteo del agua, el apagado estrépito del lejano tráfico, y una bronca sirena que bramaba, intermitentemente, en alguna parte de la bahía.

Sacaron a la mujer. Uno se inclinó y dijo:

—Aún vive...

El otro dejó escapar un gruñido.

—Tápale la boca por si reacciona. Eso lo arreglo yo en un instante.

—Lástima de chica... En toda mi vida nunca he tenido una parecida. ¿Y si...?

—¿Quieres jugarte el cuello, Saxton? ¡Tápale la boca!

—Bueno, era sólo una idea.

Sujetó férreamente la cabeza de la muchacha, apretándole la mano derecha contra la boca.

El otro sacó una navaja de resorte. Saxton contuvo el aliento. Luego, cuando la sangre saltó, se echó atrás rechinando los dientes.

—No me gustan los cuchillos —rezongó—. Prefiero las pistolas.

—Seguro, dispara unos cuantos tiros y verás lo que tardan en llegar los polizontes del muelle... Ayúdame y deja de decir estupideces...

Levantaron el cuerpo llevándolo hasta el borde del malecón. Tras un violento balanceo, lo lanzaron al aire. Sonó un violento chapoteo, el agua grasienta se agitó, hubo un remolino de espuma y después silencio.

—Listos. Ya podemos largarnos —gruñó Saxton.

Regresaron al coche. Sin encender las luces, se alejaron en busca de la calle Nort. Allí, el conductor encendió los faros y aceleró, no tardando en perderse entre el tráfico.

Los dos asesinos estaban satisfechos. Quizá, para ellos, fuera la satisfacción del deber cumplido.

Mac Mahon levantó la cansada mirada de los informes y arrugó el ceño.

—¿Qué te pasa, no hay ningún bar abierto o qué? —rezongó.

Donald Brand cerró la puerta del despacho, acercó una silla a la mesa y derrumbándose sobre ella colocó los pies en una esquina del escritorio.

—Pensé que quizá tendrías algo para mí.

—Vas listo. Flotamos en una balsa de aceite.

Donald era un individuo alto, delgado, que disimulaba su energía con una actitud de eterna pereza. Tenía ojos grises, astutos y vivos, y algunas mujeres incluso eran capaces de encontrarlo atractivo.

—Te he traído algo, Mac.

Sacó una botella aplanada del bolsillo y la dejó sobre el tablero de la mesa.

—¿Soborno?

—Escocés, idiota. Pensé que un cabezota irlandés como tú podría reconocerlo solo por el color.

El policía atrapó la botella de un manotazo, quitó el tapón y olió

desconfiadamente el contenido.

—¿Sabes? Huele que apesta...

Echó un largo trago con el que se cargó la mitad del contenido de la botella. Cuando la volvió a dejar comentó:

—Y sabe a demonios...

—Ya lo veo. ¿Qué hay de Ringold?

Mac Mahon dio un respingo.

—Debí figurarme... —se interrumpió, volvió a cazar la botella y esta vez casi la vació—. Nada, sigue en su fortaleza. Hasta que tengamos a esa zorra no tendremos la palanca con que hacer saltar sus defensas.

—Se me ocurre que esa dama debe ser muy importante...

—Lo es.

—Para Ringold, quiero decir.

El teniente Mac Mahon parpadeó.

—Sí, claro. De ella depende que se pudra en una cárcel o no.

—Entonces, él también estará buscándola.

—Ya puedes jurarlo. Es una carrera contra reloj. Si él la encuentra primero, la dama desaparece y todo el caso se convierte en humo. Si la localizamos nosotros... bueno, Joe Ringold está acabado para el resto de sus días.

Donald Brand bajó los pies al suelo. Encendió un cigarrillo y sin mirar al policía comentó:

—Creo recordar que hace como una semana me dijiste más o menos lo mismo.

—¿Y qué? Estamos atascados.

—No es lógico. Esta mujer está fichada, tenéis sus huellas, sus fotografías, las medidas anatómicas, que son de campeonato. Lo tenéis todo, menos una maldita pista. ¿No te sugiere nada eso?

—Sí, que él la encontró primero.

—Ajá. Te apuesto otra botella de escocés a que a estas horas está enterrada y pudriéndose en cualquier lugar discreto de los bosques cercanos a San José.

—¿Por qué cerca de San José?

—Es en ese condado donde Ringold tiene su residencia.

—Posee otras...

—Se me ocurre que alguien debería empezar a armar un poco de ruido en los periódicos, Mac. Voy a escribir algo sobre eso.

—Cuando lo hagas, sin pruebas, procura que tus primas del seguro estén al corriente, muchacho.

Brand hizo una mueca y se levantó.

—Lo pensaré. Oye, ¿cuándo terminas tu turno?

—Lo he olvidado. Es la temporada de vacaciones y andamos cortos de personal... ¿Por qué?

—Bueno, tengo un par de muchachas esperándome y había pensado que me echases una mano. Son de las que te gustan, Mac, llenitas, ya sabes.

—¡Lárgate al demonio de aquí!

El reportero se encogió de hombros y se encaminó a la puerta.

—Llámame si este asunto empieza a moverse, Mac.

Salíó. Atravesó la sala de detectives, saludando a la mayoría de los que estaban allí.

Estaba en la calle cuando recordó que el teniente ni siquiera le había devuelto la botella.

Caminó por la acera, preocupado. En cierto modo, era él quien había puesto en marcha este asunto y ansiaba rematarlo con una serie de reportajes sensacionales, que levantasen la tirada del periódico, y con ello su propio sueldo.

Entró en el bar de la esquina, repleto de otros periodistas, policías francos de servicio, humo y voces.

Se acodó en la barra, pensativo. Pidió un doble de *whisky* y lo saboreó lentamente, sin apenas prestar atención a los saludos y comentarios de los que le reconocían.

Estaba pensando en la conveniencia de pedir otro trago, cuando el mozo le hizo una seña.

—Le llaman al teléfono, Brand.

Entró en la cabina.

—Brand al habla.

—He pensado que te encontraría aquí...

Se enderezó al reconocer la voz del teniente Mac Mahon.

—¿Qué pasa?

—Lo sabrás si me esperas a la salida de coches dentro de cinco minutos.

—Estaré allí.

Colgó y salió, dominando su impaciencia. Sabía que si demostraba prisa por salir de estampida, otros reporteros

comenzarían a hacerse preguntas y le pisarían los talones.

Pagó el *whisky*, encendió un cigarrillo y al fin, con su misma actitud de indolencia, salió a la calle.

CAPÍTULO II

El coche policíaco corría hacia los muelles abriéndose paso con la sirena.

—La patrulla marítima ha pescado el cuerpo de una mujer —le informó el policía mientras el auto volaba por las semidesiertas calles; húmedas por la niebla—. He pensado que te gustaría comprobar cuanto antes si es nuestra dama.

—Ya sabía yo que mi *whisky* rendiría dividendos... ¿Se trata de Roberta Cutler?

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa?

El departamento de policía de los muelles estaba en un paraje que hubiera hecho las delicias de un director de cine de la vieja escuela. Lóbrego, siniestro, sólo la luz amarillenta de sus ventanas, tratando de abrirse camino por entre la niebla que se espesaba por instantes, barría en parte las sombras que lo envolvían.

Había algunos policías en la sala de entrada, y un hombre cubierto con una bata blanca que fumaba un puro, mordisqueándolo furiosamente. Cuando vio al teniente Mac Mahon pareció que iba a engullir el cigarro.

—Se ha dado usted mucha prisa, ¿eh? —rezongó—. Me gustaría que, aunque sólo fuera por una sola vez, dejara usted en paz a los muertos hasta la mañana...

—Hola, doc. ¿Qué tal es la dama?

—Ahora una porquería. Pero debió ser de las que le gustan a usted, Mac Mahon.

—¿Cuánto tiempo cree que llevaba en el agua cuando la pescaron?

—Bueno, puede que un par de días, o menos. Los peces han hecho un buen trabajo. Hasta que practique la autopsia es imposible saber nada concreto.

—Los peces, ¿eh?

—Seguro. Tuvieron alimento extra. Tal vez esos mismos sean los que usted se coma después en un restaurante. ¿No es una idea divertida, teniendo?

Mac Mahon le dirigió una mirada capaz de fundir una barra de acero.

El médico emitió una risita y dijo:

—Por aquí... aunque usted ya conoce el camino.

Habían colocado el cuerpo sobre una alargada mesa con la superficie de mármol. Estaba cubierto por una sábana, que el médico retiró de un rincón.

Donald Brand sintió cómo el estómago se le encabritaba, golpeándole en la garganta.

El cuerpo estaba desnudo y mostraba con todo su horror los estragos causados por los voraces peces de la bahía.

Mac Mahon se acercó, no obstante, e inclinándose trató de examinar el rostro de la muerta.

Era una tarea un tanto difícil, porque era la parte del cuerpo que más había sufrido. La larga cabellera pelirroja había sido ordenada en torno a la cabeza, casi desprendida del tronco por un feroz tajo en la garganta.

—Es ella —murmuró—. Estoy seguro. No obstante, haré que los muchachos le tomen las huellas dactilares, doctor.

—¿Quién cree usted que es?

—Roberta Cutler, por supuesto. El cuerpo debió ser soberbio, y las piernas... bueno, ya sabe lo que quiero decir. Además, el cabello y lo que queda del rostro no mienten...

El doctor dejó escapar un leve silbido.

—Le ha caído una buena papeleta, Mac. No le envidio.

—Puede cubrirla.

Dio media vuelta y se encaminó a la salida, con Donald siguiéndole los pasos.

Una vez fuera encendió un cigarrillo y refunfuñó:

—Siento tentaciones de buscar a Ringold y llenarle la barriga de plomo... ¡Maldita bestia sanguinaria!

—Tómalo con calma, Mac. Yo siempre estuve seguro de que si no la cazabas en los dos o tres primeros días, Ringold se saldría con la suya. El la conocía bien, sabía más o menos los lugares donde podía buscar un escondrijo...

—Esa chica... Era su amante, o por lo menos lo fue, y estaba fichada y todo lo que quieras... pero era una pobre mujer. Yo sé su historia, la conozco día por día... No merecía terminar de esa sucia manera...

Donald se encogió de hombros, pero se abstuvo de pronunciar una palabra.

—Vamos, mandaré a alguien que le tome las huellas y saque un par de fotografías... algún día se las haré tragar a Joe Ringold, así sea lo último que haga en la policía.

—Cuando eso suceda, quiero estar presente...

Se dirigieron de nuevo a la Central, sin apenas pronunciar una palabra durante el trayecto.

Ambos sabían que con la muerte de aquella mujer todo el caso se derrumbaba. Jamás volverían a tener una oportunidad semejante de poner al descubierto las pruebas necesarias para hundir de una vez por todas al más despiadado criminal de los últimos tiempos.

—Ella debía saberlo —murmuró Mac Mahon de pronto.

—¿Qué?

—El lugar donde tienen oculta la última partida que les llegó... Ahora, con ella muerta ya no corren el riesgo de una delación, de modo que podrán empezar a distribuir todo ese veneno...

—Suponiendo que sea cierto que lograron entrar una partida semejante... Pienso que un cargamento de heroína de semejante magnitud es muy difícil de manejar, incluso para Joe Ringold.

Mac Mahon se volvió hacia la ventanilla y no replicó, contemplando la niebla que cubría las calles como un sudario.

Para la pobre muchacha había sido realmente un sudario, una mortaja húmeda y sucia que había envuelto su maravilloso cuerpo que tantas pasiones despertara estando viva.

Randler hizo una mueca al teléfono y dijo persuasivamente:

—Escucha, primor, ni un terremoto impediría que viniera esta noche. Ya sabes que... Sí, sí, con toda seguridad, cariño. Yo sólo tengo una palabra... —Se echó a reír al escuchar lo que la voz suave de la mujer le decía a través del teléfono y luego añadió—: Te doy mi palabra de que no hay otra mujer para mí... ¿Para qué diablos necesito a otra, si tú tienes suficiente para hacer dos mujeres?

Ladeó la cabeza y vio llegar al teniente Mac Mahon. Dio un

respingo y dijo precipitadamente:

—Te veré después, encanto... he de colgar ahora.

Lo hizo precipitadamente. El rostro del teniente auguraba tormenta.

Mac Mahon miró la vacía sala de detectives.

—¿Dónde está la gente, Randler? —Gruñó.

—Hubo una llamada... han atracado una farmacia y creo que hay heridos. Salieron todos los muchachos disponibles.

—Bueno, ahora va a salir usted.

Randler tragó saliva.

—¿Ahora, teniente? —balbuceó.

—¿No me ha oído? ¡He dicho ahora!

—Sí, señor.

—La policía del puerto ha sacado de la bahía el cadáver de Roberta Cutler. Quiero que vaya usted allí y le tome las huellas digitales y unas fotografías... Ojalá pudiera disponer de los peritos, maldita sea. Dese prisa. Quiero copias de todo.

Sin esperar respuesta, entró en su despacho y cerró de un portazo.

Randler empezó a maldecir en voz baja, metódicamente. Se imaginó a su apasionada y hermosa rubia esperándole, tal vez aligerándose de ropa para estar a la altura de las circunstancias...

Hasta que terminó su extenso repertorio de juramentos no se dio por satisfecho, y sólo entonces se puso en movimiento.

CAPÍTULO III

Mac Mahon levantó la mirada y enarcó las cejas.

—Se ha dado usted una prisa de mil demonios, Randler — comentó, sorprendido.

El agente sonrió.

—En realidad, teniente, tengo una cita muy importante... ésa es la causa de mis prisas.

—Ya veo. ¿Lo tiene usted todo?

—Bueno, las fotografías no saldrán del laboratorio hasta la mañana seguramente. Pero éstas son las copias de las huellas digitales.

—Está bien. ¿Las ha cotejado usted?

—Éste... no, señor.

—Claro, claro, por sus prisas, supongo.

El agente no replicó. Mac Mahon soltó un gruñido y preguntó:

—¿Ha regresado alguno de los otros?

—Todavía no, pero han entrado de servicio Johnson y Raid.

—Está bien, lárguese entonces.

Randler asintió y salió disparado.

El teniente contempló la serie de impresiones digitales. Le satisfizo comprobar que eran perfectamente claras.

Pulsó un timbre y un *amate* asomó la cabeza por la puerta.

—Lleve eso a «identificación». Que las comprueben con las de Roberta Cutler. Tenemos ficha y todo el historial de esa dama.

—Sí, señor.

Esperó, fumando con impaciencia. Estaba seguro de no haberse equivocado. Y también estaba seguro de que tan pronto hubiera realizado la comprobación iría a decirle a Ringold un par de cosas...

La respuesta le llegó poco más tarde.

Las huellas eran las de Roberta Cutler sin la menor duda.

A pesar de haber tenido la absoluta seguridad, sintió un

estremecimiento. La ira le dominó durante unos minutos y necesitó de toda su voluntad para dominarse.

Finalmente, levantándose, comprobó que su revólver de reglamento estaba cargado, lo metió en la funda y abrochándose la chaqueta abandonó el despacho.

Donald Brand entró en The Gambold y se acodó en el mostrador.

Clader, el propietario, gruñó:

—¿Como siempre?

—Cerveza.

—¿Qué te pasa, no estás en forma?

—Cerveza y cierra el pico. Necesito pensar.

—Qué cosas... ¿Te remuerde la conciencia?

—Debería recordarte a ti, en todo caso.

Clader enarcó sus cejas como cepillos. Era un hombre grandote, exboxeador, con la cara aplastada por sus duros combates de otros tiempos. Brand pensaba a veces que su mentalidad debía ser poco más o menos como la de un gorila.

—¿Por qué a mí? Yo no cuento embustes en los diarios.

—Pero fue aquí donde casi le echaron el guante a la chica... por tu culpa.

—¿Qué chica? ¿Roberta?

—Claro.

—Bueno, ella sabe cuidarse, muchacho. Todo lo que yo hice fue mantener la boca cerrada.

—En lugar de advertirla de que iban a venir a buscarla. Sí... En fin, eso no sirve de nada. Si no hubiera sido por ti, la policía la habría detenido como testigo y ahora estaría viva.

Clader dio un salto detrás del mostrador.

—¿Quieres decir que está muerta?

—Tan muerta como tu tatarabuela. La han pescado en la bahía.

El hombrón palideció. Cuando habló lo hizo mascando las palabras entre dientes.

—Lo... lo siento, Brand, de veras... Era una buena chica.

—Es curioso. Todo el mundo reconoce que era una buena chica ahora que está muerta. Cuando estaba viva, quien más quien menos afirmaba que no era más que una zorra.

—Te digo que yo siempre supe que era una buena muchacha, Brand. ¡Dios, pobre Robby!

—Mi cerveza. Y no vayas a echarte a llorar ahora.

El exboxeador le sirvió el pedido y luego preguntó:

—¿Tú la has visto muerta?

—Sí.

—¿Qué... qué le hicieron?

—Le cortaron el cuello, eso es lo que hicieron. Y los malditos peces también hicieron su trabajo. Era un espectáculo nauseabundo.

Clader tragó saliva con dificultad. Precipitadamente, se sirvió un gran vaso de *whisky* tragándolo de un golpe.

—Creo que voy a tener pesadillas —rezongó entre dientes.

—Clader... aquí Vinieron dos bastardos buscándola. ¿Les conocías?

—Mira, Brand, ella está muerta. No es saludable meterse en estos líos...

—¿Les habías visto alguna vez?

—No.

—¿Seguro?

—¡Vete al infierno!

El periodista dejó unas monedas sobre el mostrador y gruñó:

—Ojalá ella o el diablo te pidan cuentas por tu miedo alguna vez.

Se marchó refunfuñando, mientras el corpulento individuo se quedaba tras el mostrador, pálido y preocupado, tratando de convencerse a sí mismo de que nada de todo aquello le incumbía en absoluto.

Sólo que no lo consiguió.

Joe Ringold era un tipo delgado, con la obsesión por la ropa elegante, los coches de lujo y las mujeres espectaculares.

Sus ojos oscuros encandilaban a algunas de esas damas, pero por regla general eran inexpresivos, calculadores en todo caso.

Frente al teniente Mac Mahon trataba de calcular hasta dónde podía llegar con aquel polizone que jamás había podido sobornar.

—No comprendo por qué viene a decírmelo a mí, Mac Mahon —rezongó—. Yo apreciaba a Roberta.

—La apreciabas tanto como para mandar asesinarla.

—Mire, teniente, vuelva a acusarme y le demandaré. ¿Qué infiernos cree que está haciendo?

—Joe, no me apures. Tú mandaste a tus matones tras sus huellas. Lo sé, y ha habido veces en que mis hombres les han pisado los talones en los mismos lugares donde la buscaban. ¿Te atreves a negarlo?

—Por supuesto que no. Yo quería encontrarla, por supuesto.

—¿Por qué?

—Porque quería que volviera conmigo. Era la mejor chica de cuantas he conocido.

Mac Mahon rechinó los dientes.

—Sigue, bastardo... continúa tu sucio camino. Pero te juro que algún día te cazaré, y sólo te pido que cuando yo venga a por ti te resistas. ¿Entiendes lo que quiero decirte, rata? Quiero que te resistas para que yo tenga el pretexto de llenarte la barriga de plomo.

Joe Ringold se levantó de un brinco, rojo de ira.

—¡Maldito sea, no tiene derecho a hablarme así! Nunca ha tenido ni la sombra de una prueba contra mí y usted lo sabe. Voy a llamar a mi abogado y verá lo que le cuesta su actitud...

—Joe, cuando presentes esa demanda contra mí...

—¿Sí?

Había sarcasmo en la voz del rufián.

La del teniente era extrañamente suave.

—Añade otro cargo —dijo—. Éste.

Lanzó su puño derecho contra la cara de Ringold.

El golpe retumbó igual que un martillazo y el forajido salió volando hacia atrás. Sus piernas se enredaron en una silla y tras dar una voltereta acabó estrellándose de cabeza contra su propia y lujosa mesa de despacho.

Se quedó acurrucado, gimoteando, aturdido por el tremendo puñetazo del policía.

Mac Mahon dio media vuelta y se encaminó a la puerta. Salió y dejándola abierta le dijo al vigilante que se aburría allá fuera:

—Entra ahí, gorila, y échale una mano a tu patrón... creo que te necesita.

El hombre, uno de los matones de Ringold, le contempló tan perplejo como si le hubiesen dicho que la tierra era cuadrada. Luego, cuando entró al despacho de su jefe, el teniente había abandonado la escalera y perdido entre la clientela del local

establecido en la planta baja.

Y, realmente, Joe Ringold necesitaba ayuda urgente porque tenía la mandíbula dislocada.

Los periódicos de la mañana publicaban grandes fotografías de Roberta Cutler, junto con la noticia de su muerte.

Donald Brand llenó dos páginas en un vitriólico artículo que hizo estremecer incluso al propio teniente Mac Mahon, tanto como le estremeció ver la fotografía del destrozado cuerpo, que el reportero había conseguido de algún modo poco ortodoxo.

La noticia corrió como un reguero de pólvora por los círculos donde estas noticias son devoradas con inusitado interés. Hubo mucha gente que se preocupó, principalmente los que de algún modo estuvieron relacionados con Roberta, o que hubieran podido ayudarla a eludir su siniestro destino.

Joe Ringold leyó todos los periódicos con mal disimulada satisfacción. Incluso le pareció, después de leerlos, que su mandíbula le dolía mucho menos.

Los periódicos llegaron también a cierta clínica discreta, lujosa, establecida entre pinos dentro de una propiedad en las montañas. Una clínica exclusiva, sólo frecuentada por gentes a las que el dinero no significaba ningún problema.

En todas partes, la información sobre la muerte de Roberta Cutler provocó dispares reacciones.

En la clínica también.

Primero, evitó una operación quirúrgica.

Segundo, hizo que un impecable doctor cirujano protestara y jurara como no recordaba haberlo hecho en muchos años.

Y tercero, consiguió el milagro de que una paciente saliera disparada de su cama, liara sus bártulos y tomando un coche emprendiera el camino de la ciudad sin perder ni un minuto.

En la ciudad, la mujer estacionó el coche muy cerca del hotel Gales, un viejo establecimiento discreto y tranquilo en el que se hacían pocas preguntas.

Encerrada en su habitación, hizo algunas averiguaciones por teléfono hasta conseguir el número de Donald Brand.

El reportero, después del incesante trabajo de la noche pasada, se había acostado sin poder conciliar el sueño, por lo que decidió que lo indicado en las presentes circunstancias era perder un poco

la conciencia.

Había vaciado más de la mitad de una botella cuando llamó el teléfono.

Con un gruñido de disgusto, descolgó el auricular y ladró:

—¡Hable!

—¿Brand?

—Supongo que sí.

—¿Donald Brand?

—¿Quiere ver mis documentos también?

La voz de la mujer era cálida, suave como una caricia.

—Debo estar segura —dijo—. ¿Es usted el periodista Donald Brand?

—¡Sí, sí!

—Le habla Roberta Cutler.

Donald dio un brinco. Miró desconfiado la botella para asegurarse de que no la había vaciado todavía.

—¿Qué dijo? —barbotó.

—Soy Roberta Cutler.

—¡Y un demonio! ¿Por qué clase de estúpido me toma? Todavía no creo en fantasmas.

—Yo puedo hacerle variar de opinión. Está hablando con uno.

Brand cerró los ojos, aturdido. Luego los abrió y miró al teléfono cada vez más perplejo.

—Los fantasmas no hablan por teléfono —fue todo lo que se le ocurrió en medio de su perplejidad.

—Voy a verle ahora, señor Brand.

—¿Cómo? ¿Filtrándose por la pared?

—Algo así. Espéreme.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Dejó el auricular y se lanzó hacia la botella. Agarrado a ella, cayó sentado sobre la cama y siguió vaciándola con entusiasmo.

Desde la cama, mientras caía de espaldas sobre ella, se preguntó por cuál de las cuatro paredes aparecería el hermoso fantasma...

Porque si era el fantasma de Roberta Cutler no cabía duda de que sería endiabladamente hermoso...

CAPÍTULO IV

La niebla flotaba en la calle difuminando las luces de los faroles, creando zonas sombrías en las que las sombras eran manchas pegajosas de humedad.

De esas sombras salió la mujer que anduvo por la acera hasta detenerse frente al bar de Clader. El rótulo luminoso sobre la entrada parpadeaba luchando por destacar entre la masa gris de aquel sudario.

La mujer empujó la puerta y entró.

Desde detrás del mostrador, el exboxeador se enderezó, interesado.

La dama vestía con soberbia elegancia, tenía unas piernas largas y exquisitamente moldeadas, como él no recordaba haber visto otras en toda su vida, y se cubría el rostro con un leve velo que descendía del sombrerito que adornaba sus largos cabellos pelirrojos.

—¿Qué va a tomar? —balbuceó, encandilado.

Ella se detuvo. En una mesa alejada, adosada a un rincón, dos borrachos trataban de contarse sus penas. O tal vez trataban de recordar la razón por la cual se emborrachaban...

—*Whisky* —murmuró la recién llegada—. De esa botella que guardas bajo la caja.

Clader enarcó las cejas, que se juntaron como un grueso cepillo.

—¿Cómo sabe que tengo esa botella? Usted no es clienta mía. La recordaría...

—¿De veras me olvidaste?

Ella se encaramó sobre un alto taburete, mientras Clader se apresuraba a servirla. Le pareció que a través del velo, unos ojos verdes y fulgurantes le vigilaban como los de un halcón.

Empezó a notar un extraño frío en la médula.

Ella tomó el vaso y lo miró al trasluz. Luego, para poder beber,

se echó el velo hacia arriba.

Clader emitió un largo quejido, los ojos le giraron en las órbitas y cayó hacia atrás como herido por un rayo.

Quedó sentado en el suelo, apoyado de espaldas contra un barril de cerveza y allí permaneció, apretando obstinadamente los párpados, negándose a contemplar otra vez aquella pesadilla.

Cuando abrió los ojos, la pesadilla había desaparecido.

Se levantó, temblando. Sobre la barra estaba aún el vaso de *whisky* intacto. Nadie había bebido de él.

Se precipitó fuera del mostrador y corrió hacia los dos borrachos, enzarzados aún en su problema.

—¿La habéis visto? —balbuceó.

Uno dijo:

—¿Qué?

Y el otro:

—¿A quién?

—La chica... esa mujer que entró hace unos minutos.

Estaba retorciéndose las manos, como si quisiera romperse todos los dedos.

—No he visto a nadie —tartajó uno, volviendo a llenar su vaso con los restos de su botella de vino.

El otro se encogió de hombros.

—Entró alguien —murmuró, preocupado—, pero no me fijé...

—¡Era una mujer! Tienes que haber visto que era una mujer...

—No lo sé... oí la puerta, eso es todo.

Hundido, Clader les dejó y en dos saltos estuvo en la acera.

Miró arriba y abajo. La niebla era tan espesa que no habría visto un caballo a dos pasos.

Los dientes le castañeteaban cuando regresó al interior del establecimiento. Tomó una botella y llenó un gran vaso hasta los bordes.

Después de vaciarlo no se encontró mejor ni mucho menos.

Volvió a llenarlo en busca de consuelo, y entonces se abrió otra vez la puerta y entró Brand.

—¿Qué te pasa, tienes prisa por caer bajo el mostrador? —le espetó el periodista.

—Tú también te emborracharías si hubieses visto lo que yo.

—Maldito si te entiendo. Pero sírreme un trago y después

puedes caer redondo si quieres.

Clader acabó con su propio *whisky* primero y después sirvió al reportero.

Inclinándose sobre la barra susurró:

—La he visto, Brand... ha estado aquí.

—¿Quién?

—Ella.

—¿Quién es ella?

—¡Maldita sea! ¿No entiendes? ¡Roberta!

Donald se atragantó con el primer sorbo de *whisky*.

—¿Qué demonios has bebido, hombre? Robby está muerta.

—Ya lo sé. Pero te digo que acaba de estar aquí... me pidió la clase de *whisky* que ella bebía siempre... ese especial, ya sabes... y luego se fue sin beberlo.

—No he visto nunca que un cadáver beba *whisky*.

—Ése es su vaso, Brand... ¡Madre mía! Te juro que la he visto.

—¿A Roberta?

—¡Sí, sí!

—Y te ha pedido *whisky*...

—Del especial, como siempre.

—Tú estás loco, Clader.

El hombrón sacudió la cabeza.

—Estuvo aquí... incluso su perfume... ¿No lo notas?

—Huelo a la porquería de costumbre en este tugurio. Créeme, tu conciencia empieza a remorderte. Ves fantasmas.

—¿Tú crees?

—Seguro.

—Entonces, tú crees que era un fantasma...

—Algo así... una materialización de tu complejo de culpa.

—Y un fantasma viene aquí y pide *whisky*...

—Tú has creído que te pedía *whisky*. Pero no lo ha bebido. ¿Cómo diablos iba a beber *whisky* alguien que ni siquiera existe?

—Entonces, estoy volviéndome loco, ¿eh?

—Ya puedes estar seguro. Y pensándolo bien, creo que no me conviene tener tratos contigo, gordinflón. Cualquiera sabe lo que verás la próxima vez.

Clader soltó un quejido.

—¿Tú crees que habrá una próxima vez?

—Claro...

—No quiero ni pensarlo.

En alguna parte sonó el golpe de una puerta al cerrarse.

Brand gruñó:

—¿Qué fue eso?

—La puerta de atrás... ¡La puerta de atrás! —chilló, enderezándose—. ¡Esa puerta siempre está cerrada!

—Tu fantasma, seguro —rió el periodista.

Clader salió trotando del mostrador y desapareció tras una cortina.

Se oyó un aullido agónico y luego el pesado golpe de un cuerpo al caer al suelo.

Brand saltó del taburete y fue a ver qué ocurría.

El exboxeador estaba tumbado en el suelo, con los ojos cerrados y gimoteando entre dientes.

—Bueno, ¿y ahora qué te pasa? —exclamó Donald.

—¡Dile que se vaya, Brand! —aulló Clader—. ¡Que me deje en paz... yo nunca le hice nada malo...!

—¿De quién estás hablando?

—¿Es que no la ves?

—¿A quién?

Clader se sentó en el suelo, mirando a su alrededor.

Todo su corpachón se estremecía.

—¡Estaba aquí, Brand! —jadeó—. ¡Te juro que estaba aquí!

—Yo no vi a nadie más que a ti.

—¡La puerta!

Donald fue a comprobar la puerta. No estaba cerrada con llave.

—Pudiste olvidar cerrarla...

—¡Siempre está cerrada! Sólo la abro cuando me traen género.

El reportero suspiró.

—Créeme, viejo, deja de beber... o haz que te visite un buen reductor de cabezas.

—¡No quiero ningún siquiatra!

—Entonces, seguirás viendo fantasmas.

Donald regresó al mostrador, donde dio cuenta del *whisky* que aún esperaba en el vaso intacto de la misteriosa dama.

Clader le sorprendió saboreándolo y emitió un suspiro.

—¿Cómo te atreves a beber ese *whisky*? —jadeó.

—¿Le pusiste veneno o qué?

—No, pero es el de la mujer...

—Tonterías. Es un buen *whisky*.

Dejó unas monedas sobre el mostrador y salió del taburete.

—¿Es que no me crees, Brand? —se quejó Clader.

—Por supuesto que no. Y voy a decirte una cosa... no quisiera estar en tu pellejo, gordinflón.

—Pero ¿por qué? Ella no puede tener nada contra mí...

—Eso te crees. Pero tú pudiste avisarla a tiempo. Y conoces a los dos matarifes que vinieron en su busca... Hay muchas cosas de las que ella puede pedirte cuentas.

—¡Pero está muerta!

—¡Claro que está muerta! Es tu podrida conciencia quien te acusa.

Clader se echó a temblar.

—Yo no dije que conociera a los tipos que querían cazarla, Brand...

—No, no lo dijiste. Pero tu conciencia y tu mente saben que es cierto y eso es bastante. Cuídate, viejo.

Y salió.

Clader estuvo más de cinco minutos tan inmóvil como un poste, angustiado. Al fin, se atizó otro vaso de mal *whisky* y trató de convencerse de que todo aquello era fruto de una maldita pesadilla, tal como afirmaba Brand.

Eso le consoló... en parte.

Los dos borrachos se fueron poco después y llegaron otros clientes. Hablar de sus penas le consoló a Clader. Y el *whisky* trasegado le ayudó a ser más locuaz que de costumbre. Entre los clientes y el *whisky* logró consolarse lo suficiente para, al filo de la madrugada, olvidar el misterio que le amargaba desde que el hermoso fantasma surgiera de la noche como un grito de sus remordimientos.

Mac Mahon contempló a Brand con el ceño fruncido.

—¿Tú también has oído esa historia? —Gruñó.

—¿Qué historia?

—El fantasma de Roberta Cutler.

—Oh, eso.

—Clader ha contado a todo el mundo que la vio dos veces anoche.

—También me lo contó a mí.

—¿Y qué?

—Estaba borracho. O está volviéndose loco, vete a saber.

—Pero ¿por qué Clader? —rezongó el teniente—. Si había de aparecerse a alguien, lo lógico sería que le amargara la vida a Ringold.

—¿Aparecerse? —se asombró el periodista—. No me digas que crees esas tonterías, Mac.

Éste carraspeó.

—No... claro que no, a pesar de que los irlandeses somos supersticiosos por naturaleza. Pero hay cosas en este mundo que uno no consigue explicarse jamás. Misterios de la mente, creo que les llaman.

—Pamplinas. Robby murió y ésa es la única verdad. Lo que pasa es que a Clader le remuerde la conciencia.

—De todos modos, eso traerá consecuencias.

—¿Tú crees?

—Seguro. Otra cosa, maldita sea... ¿Cómo conseguiste aquella fotografía? No recuerdo haberte autorizado a...

—Soy un profesional, ¿recuerdas?

—Eres algunas cosas más que eso, y que no suenan tan bien.

—Estás amargado esta mañana.

—Eso es verdad. He hablado con el jefe y empieza a ponerse nervioso. No importa que le haya demostrado que la mujer muerta era Roberta Cutler. Le tomamos las huellas dactilares. El se inquieta por esos rumores... se inquieta porque un borracho cree que vio un fantasma.

Donald se encogió de hombros.

—Tu jefe ha de cuidar la reputación del departamento. Su cargo es político y eso crea no pocas servidumbres.

—Espero que nadie más vea el fantasma de la chica —suspiró Mac Mahon, preocupado—. ¿Sabes una cosa? He leído algunos libros de parapsicología y hay aún muchos misterios que no podemos comprender relacionados con la mente. Uno nunca sabe...

Donald le contempló, perplejo.

—¿Parapsicología? —masculló—. No me digas...

—Seguro. Es muy interesante. Misterios de la mente, ni más ni menos.

—Me preocupas, Mac. Cuídate.

Cuando salió, el reportero estaba seguro que las preocupaciones del policía no habían hecho más que empezar.

CAPÍTULO V

Los dos hombres entraron en The Gambold a última hora de la tarde.

Clader, detrás del mostrador, acabó de perder el poco color que le quedaba en la cara y se estremeció.

Ambos se encaramaron en sendos taburetes, paseando la mirada por encima de la clientela que en esos momentos ocupaba las mesas.

—Trae cerveza, gordo —ordenó Saxton—. Queremos hablar contigo.

Clader les sirvió con inusitada celeridad.

—¿De qué quieres hablarme, Saxton? —jadeó.

—De esas historias que cuentas sobre un fantasma.

El exboxeador tragó saliva con dificultad.

—Yo sólo dije lo que vi.

—¿Y viste a Roberta?

—Sí... Bueno, me pareció que era ella... pidió *whisky*.

—Conque incluso te pidió *whisky*. ¿No te preguntaría también por nosotros, Clader?

La voz silbante del pistolero dejó sin resuello al dueño del bar.

—¡No, no! Sólo pidió de beber.

—Estabas borracho —aseguró el otro llamado Hale.

—Bueno había bebido un poco...

—Vamos a darte un consejo, Clader... Mantén cerrada la boca si sabes lo que *te* conviene. Tú no nos conoces, no nos viste nunca preguntar por Roberta. No nos has visto en tu vida.

—Entendido.

—Ni siquiera estamos aquí ahora —afirmó Hale.

—Claro que no...

Saxton rió entre dientes.

—Somos dos fantasmas, gordo. Eso es lo que somos... dos

fantasmas que pueden convertirte a ti en otro aparecido.

Bebieron sus cervezas y se fueron sin pagar.

Clader estuvo temblando un buen rato, hasta que otros clientes exigieron su atención y eso le distrajo.

Luego, cuando había conseguido tranquilizarse, las puertas se abrieron y entró el teniente Mac Mahon. Tenía una sombría expresión en el rostro y cuando se encaramó a un taburete Clader supo que iba a tener dificultades.

—¿Qué le sirvo, teniente?

—*Whisky*.

Se apresuró a servirle. El policía señaló la botella.

—¿Es del mismo que bebía Roberta Cutler? —Gruñó.

El gordo dio un brinco.

—¡No! —chilló—. ¡Y no quiero hablar de eso!

—¿Por qué no? Tú le has contado a todo el mundo lo que viste. Quiero que me lo cuentes a mí.

—¡Estaba borracho! No vi nada, teniente. Palabra que no vi nada...

Mac Mahon le clavó la mirada como si fuera un cuchillo.

—¿Qué te ha hecho cerrar la boca ahora, Clader?

Bebió un sorbo de *whisky* y no apartó sus ojos de la cara congestionada del dueño del bar.

Éste carraspeó, apurado.

—Nada... sólo que estuve pensando. No pude ver algo que no existe... eso es lo que dijo Brand. Ella está muerta, ¿no? Pues no existe, así que sólo creí vería.

—Claro que está muerta. Nosotros comprobamos las huellas dactilares del cadáver y era Roberta. Pero tú tienes algo en la cabeza, gordo, y yo quiero saber lo que es.

—Le aseguro que...

—¿Qué tal si te cierro el bar? Puedo conseguir una orden de clausura con sólo proponérmelo. Eso no te gustaría, ¿eh?

Clader empezó a temblar.

—Mire, teniente, usted puede arruinarme si quiere, de acuerdo, pero eso no cambiará nada de nada. Yo no vi a Roberta... sólo estaba borracho.

La mirada ceñuda del policía parecía tan aguda que casi podía sentirla en el cerebro.

Mac Mahon terminó el vaso y lo dejó cuidadosamente sobre la barra.

—Estás asustado —gruñó—. Asustado como una rata.

—¿Por qué habría de estarlo?

—Tú sabrás. Y ahora, suelta esa historia de las apariciones o te llevo a la Central para interrogarte allí. Elige.

Desesperado, Clader barbotó:

—Usted quiere que me corten el cuello.

—¿Quiénes?

—No lo sé. ¡Condenación, teniente! No sé ni lo que me digo.

—Pues reflexiona, Clader, y cuéntame tus penas.

—Está burlándose de mí.

—Sí. Pero haré algo más si no sueltas la lengua.

De modo que Clader habló de lo que creía haber visto. Lo hizo de mal talante, ceñudo, pero explicó hasta los menores detalles.

Cuando terminó, Mac Mahon tenía una mirada perpleja y parecía mucho más preocupado que al entrar.

—Tú conocías bien a Roberta Cutler —murmuró.

—Bueno... sí, ella venía muy a menudo.

—De modo que esa mujer que viste debía ser exacta a ella para que pudiera parecerte ella misma.

—Ya le dije que estaba bebido...

—¿Sabes si tenía alguna hermana gemela?

—Nunca dijo nada de eso.

—Está bien, ahora veamos qué puedes decirme de los que te han asustado.

—¡No he dicho nada de que me hayan amenazado!

Mac Mahon sonrió sin humor.

—Gordo, tú has estado contando esa historia sin remilgos a todo el que ha querido escucharte. Y de pronto decides cerrar la boca como si te la hubieran sellado.

Eso sólo tiene una explicación para mí y es que alguien te ha «aconsejado» mantenerla cerrada. ¿Quién?

El hombrón sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Nadie, teniente, palabra de honor.

—Tú no tienes ni la más ligera idea de lo que es honor, compañero.

Dejó unas monedas sobre el mostrador y dijo como despedida:

—Guárdate lo que sabes y cuando te corten el gaznate me ocuparé de que te hagan un buen entierro, para premiar tu estupidez. Ya nos veremos, gordo.

Salió con la misma ceñuda expresión que a su llegada.

Clader estuvo mirando la puerta un buen rato. Luego, tomó la botella y empezó a beber como si tuviera mucha prisa por terminarla.

El llameante letrero de la exótica fachada parpadeó y acabó apagándose.

Los últimos clientes de Fuki Yama aparecieron en la puerta, donde se entretuvieron unos momentos hablando y riendo, comentando la divertida noche que habían disfrutado, y luego se fueron.

Un empleado cerró las puertas y todo fue quietud y silencio, un silencio tan denso como la niebla.

Los camareros fueron saliendo poco más tarde por la puerta de servicio. En el interior, revisando las últimas cuentas del día, sólo quedó el propietario, un japonés escurridizo llamado Hashita.

Era un individuo de pequeña estatura, delgado y astuto, que había amasado una buena fortuna gracias a su astucia precisamente.

Las cuentas de esa noche eran particularmente satisfactorias.

De modo que el japonés tenía muchos motivos para sentirse satisfecho de la vida.

Entonces le pareció escuchar que la puerta de servicio se cerraba con un chasquido y se enderezó, alerta.

Aquella puerta, después de la salida del último empleado, debía haber quedado cerrada automáticamente.

Levantándose, salió del despacho y dio un vistazo al lóbrego pasillo. No había nadie y la puerta estaba cerrada.

Para mayor seguridad, fue a comprobarlo. Suspiró al ver que el pasador automático estaba insertado sólidamente en su engarce y volvió al despacho.

Sólo que ahora algunas cosas habían cambiado.

Por ejemplo, la mujer que ocupaba su propio sillón.

Y tampoco había tanta luz como antes, sólo la pequeña lamparita que colgaba en un ángulo.

—¿Quién diablos...? —masculló—. Oiga, ¿por dónde entró?

Ella se encogió de hombros.

—Nada de eso tiene demasiada importancia esta noche, Hashita. Tenía una voz cálida, lenta, casi sensual. Una voz que le recordó a alguien...

—¿Quién es usted? —balbuceó, asombrado.

La dama llevaba un pequeño y gracioso sombrero del que pendía un velo del mismo color que el vestido.

Todo lo que hizo fue levantarlo con un grácil gesto de sus manos.

Hashita pudo ver el bellissimo rostro, aunque la belleza tenía algo de irreal a causa de su blancura insólita.

—Pronto me olvidaste, Hashita —susurró la mujer.

—¡No... no es posible!

—Sí lo es, puesto que estoy aquí.

El japonés se tambaleó y hubo de apoyarse en la pared.

—¡Tú estás muerta...!

—Claro.

Hashita emitió una sucesión de monosílabos en su propio idioma y cerró los ojos, con la esperanza de que al abrirlos la pesadilla hubiera desaparecido.

Más, al abrirlos nuevamente, Roberta Cutler continuaba allí, sentada en su butaca.

—¿Qué... qué quieres? —gimoteó.

—No es necesario que te lo diga, Hashita.

—¡Eso es imposible!

—Lo siento por ti.

—¿No comprendes? ¡Me matarían!

Ella movió la cabeza compasivamente.

—Entonces, pequeño hijo de perra, es como si ya estuvieses muerto.

Empezó a levantarse.

El japonés dio un respingo.

—¡No te acerques! —chilló.

Ella caminó hacia la puerta al tiempo que él se apartaba de un brinco.

De pronto, corrió hacia su mesa, abrió el cajón central y empuñó la pistola que guardaba en él.

—¡Maldita! —rugió iracundo—. ¡No sé qué eres, pero eso te convertirá en un verdadero fantasma!

Apretó el gatillo rabiosamente.

Ella estaba mirándole, serena y tranquila.

La pistola hizo un ruido ridículo. Ninguna bala salió de ella.

—Tú estás prácticamente muerto, Hashita —aseguró la aparición.

Y desapareció.

El japonés se dejó caer en la butaca porque sus piernas se negaban a sostenerle.

La pistola se deslizó de sus dedos y él se cubrió la cara con las manos.

Minutos después, tambaleándose, se dirigió a la salida de servicio. Seguía estando cerrada.

Buscó por todo el local sin hallar el menor rastro de la misteriosa aparición. Al fin, acabó buscando consuelo en una botella y cuando sus piernas se afianzaron un poco regresó al despacho.

La pistola estaba sobre la mesa, donde la dejara. Furioso, la tomó para comprobar si estaba descargada.

Sacó el cargador. Estaba repleto de cartuchos. Incluso había uno en la recámara, como de costumbre.

Era imposible que no hubiera disparado antes... Para mayor seguridad, apuntó a un rincón y apretó el gatillo.

El estampido retumbó como un trueno entre las paredes y la bala hizo saltar el estuco de la pared dejando un buen agujero en ella.

El arma escapó de sus dedos sin fuerza. Confusamente, se dijo que estaba volviéndose loco... o que el fantasma tenía tanto poder que era capaz de inutilizar un arma en perfecto funcionamiento.

Ni siquiera apagó la luz. Saltó fuera de la butaca y abandonó el silencioso local como si le persiguieran todos los diablos del infierno.

Apenas había retumbado la puerta al cerrarse detrás del japonés, cuando el armario del despacho se abrió y Donald Brand asomó la cabeza cautelosamente.

Salió al fin, mirando a su alrededor. Una mueca sardónica asomó a su rostro al ver la pistola abandonada sobre la mesa. No la tocó, sino que apagó la luz y él también salió por aquella misteriosa puerta que tantos sustos estaba proporcionando al japonés.

Más allá del callejón lateral, estacionado en una esquina, su coche le esperaba.

Su coche y la mujer.

Ella susurró:

—¿Salió bien, Donald?

—Perfecto. Volví a cargar la pistola y cuando regresó al despacho se volvió loco intentando comprender cómo le había fallado la primera vez... incluso disparó contra la pared. Debieras haberle visto.

La muchacha se echó a reír, mientras Brand pone el motor en marcha.

Después, mientras rodaban con precaución entre la niebla, el periodista dijo:

—¿Tú crees que ese japonés se volverá tan loco que te dirá lo que nos interesa?

—Estoy segura. Le vi cómo se descomponía con sólo imaginar que yo era un fantasma o algo así.

—Lo malo será si tropezamos con alguien que no crea en aparecidos.

—Ya nos preocuparemos de eso cuando llegue el momento. ¿Qué sigue ahora, Donald?

—Vas a llamar a Joe Ringold, nena.

Robby rechinó los dientes.

—¡Me gustaría pegarle dos tiros! —masculló—. Eso es lo que me gustaría hacerle.

—Todo llegará —dijo Brand—. Luego, quizá fuera conveniente inquietar un poco a Mac Mahon para que acelerara las cosas.

—No comprendo cómo no descubrieron que aquella pobre mujer no era yo.

—Eso habrá que averiguarlo también, porque según el teniente le tomaron las huellas dactilares y eran las tuyas.

—No puedo comprenderlo.

—Mira, ahí hay una farmacia.

Detuvo el coche y ambos entraron en el establecimiento.

Había una cabina al fondo. Los dos se encerraron en ella.

Pegados uno al otro, Donald no pudo menos que aspirar el cálido aroma que se desprendía de la muchacha.

Como ya le sucediera otras veces, su proximidad le alteró

violentamente, obligándole a realizar un terrible esfuerzo para contenerse.

—¿Qué quieres que le diga a ese escorpión, Donald?

—Nada concreto. Todo lo que quiero es que sepa que algo se está cociendo en sus propias narices sin que él pueda controlarlo. Pero no te olvides de mencionar algo personal y concreto en la conversación, algo que sólo tú pudieras saber, para convencerle de que, realmente, está hablando contigo... o con alguien que conoce hasta sus más íntimos secretos.

—Entiendo. Espero que salte hasta el techo con el secretito que le voy a soplar en la oreja.

Se removió para descolgar el auricular. Su cuerpo prieto se apretó contra Donald, que sintió una especie de terremoto sacudirle de la cabeza a los pies.

Introdujo algunas monedas en el aparato y marcó el número.

Mientras esperaba, ladeó la cara y le sonrió a Brand.

Éste inclinó la cabeza y la besó en los labios furiosamente.

Sólo la voz de Ringold a través del auricular hizo que la muchacha apartara la cara, jadeando.

CAPÍTULO VI

Joe Ringold miró el auricular y luego repitió, impaciente:

—¿Quién diablos...? ¡Hable!

—¿Joe? —dijo una voz suave como una caricia.

Se enderezó como sacudido por una descarga eléctrica.

Los dos hombres que estaban sentados al otro lado de la mesa le contemplaron con curiosidad.

—¿Quién habla? —preguntó el pistolero.

—No creo que hayas olvidado mi voz tan fácilmente, Joe, querido...

—¿Qué clase de broma es ésta?

—Jamás en mi vida te hablé tan en serio, Joe. Soy Robby.

—¡Imposible! Oiga, sea quien sea. Haré que esta clase de bromas le cuesten muy caras...

—¿Tan caras como a Winton?

A Ringold se le antojó que la tierra se abría bajo sus pies.

—¿Cómo sabe...?

—Joe, sólo tú y yo sabemos cómo murió el pobre Winton. ¿No es cierto? En realidad, yo tuve que presenciarlo por ti... o de lo contrario me habrías matado como a Winton. ¿Te demuestra eso que soy yo quien te habla?

—¡Robby! —jadeó sin voz.

Los dos hombres se enderezaron en sus asientos.

La voz del teléfono añadió:

—He vuelto para ajustar cuentas, bastardo... Hiciste que me mataran y eso vas a pagarlo muy caro.

—No es posible... tú estás muerta...

—De eso ya se aseguraron tus pistoleros, Joe. Hicieron un buen trabajo.

La cabeza del forajido le daba vueltas. Miró desesperado a sus dos acompañantas, como esperando una revelación, una ayuda para

resolver aquel insólito misterio.

—Robby... —susurró.

—Adiós, Joe. Piensa que ya te queda poco.

—¡Espera!

—Haré que tus propios pistoleros acaben contigo. Piénsalo, querido.

Hubo un chasquido y la comunicación se cortó.

Pálido como un sudario, Ringold dejó el auricular en el soporte y, jadeando, miró a su alrededor como un loco.

—Bueno, ¿qué significa esto? —le increpó uno de los dos hombres.

—Lasster, algo está sucediendo —balbuceó Joe.

—Has pronunciado el nombre de Robby —dijo el otro, llamado Golding—. ¿Es que te has vuelto loco?

—Debo estar loco, puesto que ella está muerta y acabo de hablarle por teléfono.

Los dos pegaron un salto.

—¡Joe, maldita sea! ¿Qué clase de broma es ésta?

—Era Robby, de eso no me cabe ninguna duda.

—¡Pamplinas, idiota! Si está muerta no pudo llamarte por teléfono.

—Quizá sólo es una trampa de la policía el cuento de su muerte...

—Saxton dijo que le habían cortado el cuello. Eso no es ninguna broma.

—Mira, Golding, esa mujer del teléfono ha mencionado algo muy personal... algo que sólo ella y yo sabíamos. Nadie más en todo el mundo podía tener la menor noticia del asunto... Sólo Roberta. De modo que era Roberta la que hablaba...

—Llama a Saxton y acláralo de una vez. No podemos correr riesgos en estos momentos.

—Mandaré que busquen a Saxton y a Hale. Pero voy a hacer algo más... algo por lo que pago buen dinero todos los meses.

Descolgó el teléfono y disco un número con dedos frenéticos.

Esperó un buen rato, y al fin gruñó:

—Quiero hablar con Raid... Detective de primera Raid.

Esperó de nuevo, y al fin asintió, disgustado, y colgó.

—No está de servicio...

Marcó un nuevo número y esta vez replicaron casi, al instante.

—¿Es usted, Raid?

—Sí.

—Habla Joe.

—Ho... hola, Joe.

—Venga a verme ahora mismo. Quiero hablarle.

—Bueno, iba a salir para una cita y...

—¡He dicho ahora! En mi oficina.

Colgó sin esperar respuesta. Sólo entonces explicó:

—Ese detective nos dirá sin ninguna duda qué clase de truco está tramando la policía. Pero entre tanto voy a hacer algo más.

Pulsó un timbre, furioso consigo mismo por haber sentido aquel agudo estremecimiento de pánico cuando la voz del teléfono casi le convenció de que realmente estaba hablando con una mujer muerta...

Mac Mahon miró el rostro ratonil del hombre que se retorció las manos al otro lado de la mesa.

—Se me ocurre que quieres tomarme el pelo, Bugs, y eso puede costarte caro.

—Le he dicho lo que oí, teniente —insistió el confidente, ofendido en su honor profesional—. El japonés estaba tan borracho que apenas se tenía de pie. Yo estaba a su lado cuando le contó esa historia al dueño de The Tavern. Parecía a punto de echarse a llorar.

El policía empezó a preocuparse ahora. No era lógico nada de lo que estaba sucediendo. Su alma irlandesa se estremeció con sólo imaginar por un instante que la cosa fuera real.

—Está bien, Bugs, conforme. Sigue con los ojos abiertos.

El hombrecillo no parecía dispuesto a marcharse todavía.

—¿Qué te pasa ahora? —rezongó el teniente, interrumpiendo el movimiento de descolgar el teléfono de servicio.

—Se trata de Tony... Ya sabe de quién le hablo.

—¿Y qué?

—Están inquietándolo mucho últimamente sus hombres, teniente. Bueno, si le acorralan no «trabaja» y yo me quedo sin mi dosis, y usted me prometió que...

—Ya sé, ya sé... Me ocuparé de que le dejen en paz otra temporada. Y ahora, lárgate.

—Sí, señor.

El escurridizo confidente salió de estampida.

Mac Mahon comunicó con el departamento de identificación, más inquieto a medida que transcurría el tiempo.

—¿Eres tú, Lynch? —Gruñó—. Quiero que realices una comprobación... ahora mismo. Se trata de las huellas dactilares que te proporcionó Randler, las de Roberta Cutler...

—¿Qué hay con eso? Las cotejé cuando lo pediste.

—¿Estás seguro que eran las de Roberta Cutler?

—¡Maldita sea! ¿Crees que no conozco mi oficio? ¡Claro que eran las de esa dama! Incluso las pasé por el ordenador electrónico. No hubo ningún error, si es eso lo que te preocupa.

—Sólo quería estar seguro.

—Pues ya lo estás. Oye, ¿qué diablos te ocurre, Mac?

—Nada, olvídalo. Debe ser que trabajo demasiado.

—¿Quién, tú? —cacareó la voz del teléfono—. Entonces, ¿qué infiernos crees que hacemos nosotros, en esta cueva?

—Gracias, Lynch.

Colgó, maldiciendo para sus adentros.

De modo que no había duda.

Atrapó su sombrero de un manotazo, se lo encasquetó y salió disparado del despacho ante el asombro de los detectives de servicio que poblaban la sala exterior.

Condujo su coche entre la niebla de un modo que en otras circunstancias le hubiera avergonzado, hasta la acera frente a The Tavern.

El establecimiento era realmente una vieja taberna de estilo inglés, pero con un lujo y unos precios que la convertían en sumamente exclusiva.

A semejantes horas de la madrugada había pocos clientes. Vio tres elegantes parejas arrullándose en los reservados; dos hombres de aspecto equívoco hablando confidencialmente en una mesa y a un bebedor solitario que meditaba, con expresión amarga, mientras le daba vueltas al vaso entre los dedos.

Detrás del mostrador, Silas Tindle, el propietario, vigilaba su negocio y al teniente con la misma expresión de disgusto.

Mac Mahon se encaramó al taburete más cercano a la caja y gruñó:

—Veamos qué tal es tu cerveza, Silas.

—¿Tiene su noche libre, teniente?

—Hace varios días que no tengo un minuto libre.

Miró la cerveza coronada de espuma pero no la tocó. En lugar de eso, y antes que el hombre pudiera apartarse, dijo:

—Sabía que tenías negocios sucios, Silas, pero jamás pensé que fueran de envergadura. Por eso te dejé en paz hasta ahora.

—¿A qué viene eso, hombre? Yo me limito a «éste» negocio.

—Y a los que tienes con Hashita.

Vio cómo el rostro del judío se contorsionaba.

—No sé de qué maldita cosa está hablando —protestó, no obstante—. Yo no tengo ningún negocio con ese japonés. De vez en cuando viene aquí a beber un trago, después de cerrar su *cabaret*, eso es todo.

—Ya sé que suele venir aquí. Y te cuenta sus penas también... pero sólo las penas que tienen relación con Roberta Cutler, lo cual quiere decir que tú también tenías algo que ver con ella, de un modo o de otro, cosa que yo ignoraba hasta ahora.

—Le repito que no sé a qué viene todo eso, teniente.

—¿Qué te contó Hashita?

—Nada... sólo estaba borracho.

—Conozco al japonés desde hace años. Nunca supe que se emborrachara.

—Pues esta noche rebosaba *whisky* hasta por las orejas.

—¿Por qué?

Silas Tindle se encogió de hombros.

—Habrá de preguntárselo a él, teniente.

Éste hizo una mueca.

—Muy bien, se lo preguntaré a él. Pero a ti te cerraré el negocio en menos de veinticuatro horas.

Saltó del taburete. Esperaba que el judío le llamara y bajase de su pedestal, pero no fue así.

Llegó a la puerta, dio una última mirada al ceñudo dueño del negocio y salió.

Esta vez condujo rumbo al final de Grant Street, torció por una callejuela y desembocó en la plaza donde se alzaba el edificio de apartamentos donde vivía el japonés.

Lo encontró borracho, con un brillante pantalón de pijama de

seda y una mirada asustada en sus ojillos orientales.

—Espero que conserves el suficiente sentido como para hablar, Hashita, porque de lo contrario te llevaré a que te despejen.

—Entre... no tiene nada contra mí, ni yo... ni yo tengo nada que ocultar...

—¿Ni siquiera tu aventura con el fantasma de una mujer asesinada?

El japonés retrocedió como si le hubieran golpeado. Fue a derrumbarse sobre una butaca y agarró una botella mediada de licor.

Mac Mahon se la arrebató de un zarpazo. Estaba furioso y no se preocupó de disimularlo.

Lanzó la botella contra la pared, donde se hizo añicos y el *whisky* arruinó el costoso papel importado del Japón con que estaba decorada.

—Y ahora, al grano, Hashita. Cuéntame por qué Roberta Cutler podía tener resentimientos contra ti...

—Ella no...

—¡Hashita, no me apures!

Hubo un silencio. Después, el japonés murmuró:

—No sé porque podía odiarme... yo... yo creo que la vi esta noche.

—Cuéntame tus experiencias. Con todo detalle, amigo, o vas a pasarlo muy mal.

Así que el japonés habló largo y tendido. Entre el alcohol y el miedo olvidó toda inhibición y relató incluso su intento de asesinato de la mujer que ya estaba muerta.

Estupefacto, Mac Mahon sintió que le daba vueltas la cabeza.

—De modo —refunfuñó al final—, que la pistola te falló cuando le disparaste a ella, pero en cambio abrió un agujero en la pared después, cuando la probaste.

—Ya sé que suena a absurdo... pero así fue. Le juro que contra ella no disparó.

—Y sí contra la pared...

—La pistola estaba cargada, teniente... completamente cargada y sin seguro.

—¿Era una automática?

—Sí.

—Bueno, otra cosa. ¿Qué te dijo esa aparición, o lo que fuera?

—No comprendí nada. Me amenazó, dijo algo de que yo hubiera podido ayudarla, pero maldito si sé cómo.

—¿Eso fue todo?

—Poco más o menos. También me amenazó... me amenazó de muerte sin rodeos. ¿Cómo puedo saber qué tiene esa aparición contra mí?

—Así que te amenazó. Hashita, si yo estuviera en tu lugar empezaría a preocuparme muy en serio, porque tú tienes relaciones más o menos «comerciales» con Joe Ringold. Y yo sé que él ordenó asesinar a Roberta.

Se encaminó a la puerta, tan furioso como perplejo. Hashita estuvo maldiciéndole mucho tiempo después de haberse ido, pero esas maldiciones no eran lo que inquietaba al policía.

Luego, al llegar a su despacho, se inquietó mucho más cuando el encargado de la central telefónica le dijo:

—Llegó una llamada para usted, teniente.

—¿De quién?

—De algún bromista. Dijo que era Roberta Cutler.

Mac Mahon dio tal brinco que el sargento se quedó boquiabierto.

—¿Eso dijo? —barbotó—. ¿Y era una voz de mujer?

—Claro que era una mujer. ¿Qué le pasa? Usted sabe que la Cutler está muerta.

—¡Condenación! Claro que lo sé... ¿Qué más le dijo?

—Que le llamaría otra vez. Colgó sin darme tiempo a preguntarle nada.

Mac Mahon atravesó la sala de detectives andando como un sonámbulo.

Uno de los agentes enarcó las cejas y le espetó:

—¿Le ocurre algo, teniente? Tiene mala cara...

—Nada, sólo me pregunto cuándo se me aparecerá... Cerró la puerta de su despacho, dejando al estupefacto policía con la boca abierta.

CAPÍTULO VII

El detective Raid miró a los dos hombres y luego a Ringold. No podía ocultar que estaba furioso.

—Usted me dio su palabra que nuestras relaciones quedarían entre los dos —gruñó, señalando a los asistentes a la entrevista.

Joe no estaba para sutilezas esa noche.

—Ellos son mis socios en la mayoría de negocios, de modo que parte del dinero que le pago a usted sale también de sus bolsillos, Raid.

—No me gusta eso, Ringold.

—¡Al diablo con sus gustos! —exclamó el forajido—. Hay otros asuntos más importantes ahora. ¿Ha oído hablar a sus jefes de la muerte de Roberta Cutler?

—Sí... Yo estaba de servicio la noche que la sacaron de la bahía.

—¿Quién realizó la identificación del cadáver?

—Se le tomaron las huellas dactilares y fueron cotejadas con las que constaban ya en su ficha.

—¿Y eran las suyas?

—Sin ninguna duda, Ringold. Eran las huellas de Roberta Cutler.

Joe cambió una breve mirada azorada con sus socios.

—Piénselo bien, Raid —insistió—. ¿No pudo tratarse de un truco, no pudieron achacar la identidad de Roberta al cadáver de otra mujer cualquiera?

El detective le dirigió una mirada como si pensara que el pistolero estaba completamente loco.

—No comprendo a dónde quiere ir a parar, pero puedo jurar sobre una montaña de biblias que la mujer era Roberta Cutler. A menos que otra dama tuviera sus mismas huellas dactilares, cosa absolutamente imposible. ¿A qué viene todo eso?

—No importa... Eso es todo, Raid. Pero quiero que mantenga los ojos muy abiertos en todo lo que concierna a este asunto.

¿Entendido?

El policía corrompido asintió y salió del despacho, empezando a desconfiar de la cordura de Ringold.

Éste esperó un par de minutos, ante la expectación de sus acompañantes.

Al fin, pulsó un botón y cuando un hombre asomó por la puerta él gruñó:

—Trae ahora a Saxton.

El asesino entró poco después. Joe le espetó:

—¿Dónde está Hale?

—No lo sé, patrón. Esta tarde me dijo que tenía un asunto con una rubia... pero no tengo idea de dónde se ha metido.

—Bien, no importa demasiado. Dime cómo acabasteis con Roberta, Saxton.

—¿No se lo contó Hale, patrón?

—¡Maldita sea! Quiero que me lo cuentes tú.

—Está bien... nosotros vigilábamos su antiguo apartamento. No la vimos entrar por la puerta de la calle, pero de pronto se encendieron las luces de su cuarto. Debí subir por la escalera de escape. Subimos al cabo de unos minutos y vimos que estaba muy ocupada preparando las maletas. Entonces, yo aflojé los fusibles y el apartamento quedó a oscuras. La golpeamos hasta dejarla inconsciente, sacándola por la misma escalera que ella utilizó para entrar.

Se interrumpió, mirando con desconfianza a los tres gerifaltes que le escuchaban.

Joe se impacientó:

—¡Continúa!

—Bueno... la llevamos al muelle. No recobró el sentido en todo el tiempo, de modo que nos aseguramos de que no lo recobrase jamás. Hale le cortó el cuello.

—¿Seguro?

—¿Qué quiere decir?

—¿Seguro que la mató?

—¡Ya lo creo! Lo hizo mientras yo le sostenía la cabeza echada hacia atrás. Hube de apartarme de un salto para no ponerme perdido de sangre. Después, la echamos al agua.

Joe se restregó el mentón, que todavía le dolía.

—Y era Roberta, ¿eh?

—¡Claro que era ella, patrón! No había más que verle los largos cabellos rojos. Además, entró a escondidas en su propio apartamento para recoger sus cosas... Las maletas quedaron allí, ya cerradas.

—Está bien, eso es todo, Saxton.

Cuando el criminal hubo salido, Joe preguntó a sus socios:

—¿Qué os parece todo este lío?

—Una suplantación, sin duda. La policía está utilizando a una mujer haciéndola pasar por Roberta.

—¿Con qué objeto? Los periódicos dieron su muerte... vi las fotografías del cadáver, y aunque estaba muy estropeado, yo juraría que era Robby, de modo que suplantarla no les reporta nada práctico.

Lasster gruñó:

—Entonces, sólo te queda creer en fantasmas.

—¡Ya basta de bromas! La mujer que habló conmigo por teléfono estaba enterada de algo que sólo Robby podía saber... Y no puedo creer que ella se lo contara a nadie mientras vivía.

—De modo —rezongó Golding—, que has hablado con Robby.

—Los sarcasmos no van a llevarnos a ninguna parte.

—Mejor será hablar con sentido común —les reprochó Lasster, de mal talante—. ¿Cuándo crees que estaremos en condiciones de iniciar la distribución, Joe?

—Hay que esperar aún. Todo lo que está pasando me inquieta, y empiezo a temer que hay algún eslabón débil en nuestra cadena.

—Tú sabes perfectamente cómo eliminar eslabones débiles —masculló Golding, levantándose.

Lasster también se levantó, y antes de dirigirse a la puerta, dijo:

—No podemos esperar mucho más tiempo, Joe. Hemos invertido todo cuanto teníamos en este negocio y sabes perfectamente que estamos sin fondos. Hay que empezar a moverlo cuanto antes.

Impaciente, Ringold les despidió. Pensó mandarlos al infierno de una vez, porque él también estaba en muy mala situación mientras no se lanzara al mercado el mayor cargamento de heroína que había manejado en toda su vida.

Pero aún les necesitaba... cuando llegara el momento ya se ocuparía de sacudírselos de encima.

Entretanto, el misterio de aquel inoportuno fantasma era lo que le preocupaba realmente. El fantasma y lo que éste le había dicho..., que haría que fueran sus propios hombres quienes le ajustasen las cuentas.

Sus propios hombres.

—¿Cuáles de entre ellos? —murmuró casi en voz audible.

Eso no podía saberlo de ningún modo.

De todos modos, estaba dispuesto a emprender una acción inmediata destinada a resguardar su propia cabeza.

Donald Brand llegó al despacho del teniente cuando éste se disponía a abandonarlo, al filo del amanecer.

—¿Nunca te acuestas tampoco? —Gruñó, encasquetándose el sombrero.

—Lo mismo que tú, poco más o menos.

—De cualquier modo, no esperes que me quede aquí solo para complacerte.

—Eso no importa. Podemos hablar igual en cualquier otra parte. Afortunadamente, conozco por lo menos doce bares donde no se respetan las ordenanzas sobre cierre ni apertura.

—No deseo beber a estas horas. Todo lo que necesito es acostarme de una maldita vez.

El periodista echó a andar a su lado, y una vez en la calle encendió un cigarrillo y pidió:

—Háblame del pasado de Roberta Cutler, Mac.

—¿A qué viene eso ahora?

—Quiero escribir una serie de artículos sobre el pasado de esa muchacha. Tú me dijiste que lo conocías perfectamente y que constaba en el prontuario que tienes en los archivos. Pues bien, cuéntame todo lo que recuerdes.

—¿Piensas reivindicar su memoria acaso?

—Si hay materia para hacerlo, sí.

Mac Mahon se detuvo en seco bajo un farol. La espesa niebla convertía el círculo de luz en un oasis perdido dentro de masa húmeda y gris.

—¿Qué te ha dado de repente, Brand? La historia de esa chica es una de tantas. Infancia miserable, padres alcohólicos, divorcio, orfelinato y todo eso. En cierta forma, ella no tuvo ninguna oportunidad de elegir su camino, se lo marcaron implacablemente

desde la infancia.

—Ya veo... Pero voy a necesitar los detalles, Mac.

—Pídelos en el archivo por la mañana. Avisaré para que te dejen meter la nariz de nuevo donde no debes. Sin embargo, todavía no me has dicho por qué razón se te ha despertado de pronto ese interés.

Donald expelió el humo con fuerza.

—¿Sabes una cosa, polizante? —murmuró—. Creo que estoy enamorándome de Robby.

Mac Mahon no se cayó de espaldas de milagro.

—¿Te has vuelto loco, enamorarte de una mujer muerta?

—Yo tampoco lo entiendo.

—Ni tú ni nadie con la cabeza sobre los hombros. ¡Maldita sea! Desde que la asesinaron, esa mujer está causando más problemas que en vida. Incluso a mí.

—¿A ti qué?

—Me llamó por teléfono.

Donald se atragantó con el humo. Tosió y maldijo entre dientes.

—¿Quieres tomarme el pelo? —barbotó.

—Nada de eso. Llamó cuando yo no estaba en mi despacho, Pero dejó su nombre... Roberta Cutler.

Donald suspiró.

—Se me ocurre que necesitarás algo más que unos libros de parapsicología para desentrañar este misterio, Mac. ¿No se ha aparecido a nadie más?

Mac Mahon le miró de reojo, desconfiado.

—No —mintió—. A nadie más... que yo sepa. Aunque no desconfíes, Brand. Si se entera de que te has enamorado de ella quizá vaya a visitarte una de estas noches.

Muy serio, el periodista dijo:

—Si lo hace, te aseguro que nadie la habrá recibido jamás con mayor placer. Y ahora, ¿vienes a beber el último trago de la noche?

—Gracias, pero todo lo que quiero es meterme entre sábanas de una maldita vez.

Se separaron, Mac Mahon íntimamente satisfecho de poder olvidar por unas horas todo el inquietante asunto.

Vivía en un pequeño apartamento construido encima de una casa reformada, perteneciente a la viuda de un policía muerto años

atrás en acto de servicio.

El apartamento había sido construido para alquilarlo y conseguir así un ingreso adicional que redondeara la pensión, más bien escasa, que la viuda percibía.

El teniente abrió la puerta silenciosamente, con la luz del alba pisándole los talones. No deseaba despertar a la buena mujer que regentaba la casa.

No obstante, ella apareció cuando empezaba a subir las escaleras.

—Lleva unos días ajetreados, Mac —comentó.

Era una mujer de mediana edad, regordeta y bondadosa, que había hecho cuestión de honor el hecho de cuidar de ese policía solterón recalcitrante.

—Lamento haberla despertado...

—Hace rato que estoy despierta... no necesito dormir mucho, ya lo sabe. Y tengo un extraño recado para usted.

El se puso en guardia.

«Extraño recado».

Sonaba como si...

—¿Qué recado?

—Una mujer estuvo aquí, anoche, preguntando por usted.

—¿Y...?

—Dijo que era importante que hablase con usted... porque el tiempo se estaba agotando.

—¿Eso fue todo lo que dijo?

—Eso, y una despedida. Se marchó casi precipitadamente.

El tuvo una súbita inspiración...

—Por favor... aguarde un instante...

Subió a saltos el tramo de escaleras hasta su apartamento. Cuando regresó, traía una fotografía de Roberta Cutler. Era una fotografía tamaño postal, a color, muy nítida.

—Dígame... ¿se parecía a ésta la mujer que estuvo aquí?

Ella sólo necesitó darle un vistazo.

—¿Parecerse? Era la misma, Mac.

Mac Mahon sintió que las piernas le temblaban.

—¿Está segura? —balbuceó.

—Nunca en mi vida he estado más segura de nada. Era la misma muchacha... aunque no parecía tan bella. Quizá fuera que no tenía

color.

El dio un respingo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Ya se lo he dicho... era terriblemente blanca... como si jamás le hubiese dado el sol.

«O como un cadáver», pensó el teniente, estremeciéndose.

Sin embargo, puntualizó:

—¿Quiere decir que estaba muy pálida?

—No era palidez aquello... ¿cómo se lo diría...? Era tan blanca como... Sí, eso es; como si no hubiera una gota de sangre en su cuerpo.

Esta vez, Mac Mahon hubo de apoyarse en la barandilla porque sentía que las piernas podían fallarle en cualquier instante.

—Muchas gracias —balbuceó.

Consiguió murmurar una excusa y se encerró en su cuarto, con una sensación de irrealidad envolviéndole como un manto sutil, invisible, pero tan denso como un sudario.

Maldiciendo en voz baja, supo que esa madrugada tampoco podría conciliar el sueño... porque se le antojaba que estaba inmerso en una pesadilla sin sentido de la que no sabía ni remotamente como librarse.

CAPÍTULO VIII

Donald despertó pasado el mediodía. Acostumbrado al despertar habitual, solitario y monótono, le sorprendió agradablemente el aroma de café recién hecho que flotaba en el ambiente.

Apenas hubo saltado de la cama cuando la muchacha apareció cargada con un servicio de café y un tarro de crema.

—Espero que hayas tenido hermosos sueños —dijo, depositando la bandeja sobre la mesita.

Antes de replicar, él la besó apretadamente en la boca.

—No pudieron haber sido mejores —afirmó—. ¿Y tú?

Ella se encogió de hombros.

—Fui feliz por primera vez en muchos años, gracias a ti. Y ahora, será mejor que te ocupes del café.

—Robby... ¿Por qué no abandonas ese descabellado proyecto? Me pone frenético pensar que estás corriendo riesgos enormes.

—¿Y olvidar todo lo sucedido? —le desafió ella, rechinando los dientes.

—No tienes por qué abandonar. Si Mac Mahon sabe dónde debe apretar las clavijas, conseguirá que esos bastardos confiesen todo lo que saben y Ringold estará perdido.

—Quiero hacerlo a mi modo, Donald.

—¿Y si algo sale mal?

Encogiéndose de hombros, la muchacha murmuró:

—Podré afrontarlo, te lo prometo.

—Piensa que esos asesinos no suelen ser supersticiosos... No creen en fantasmas ni aparecidos... no podrás asustarles como al japonés o a Clader.

—Ya veremos. De momento, te apuesto que Joe está sufriendo más inquietudes que en toda su vida. Empieza a antojársele que hasta su propia sombra es una amenaza contra su vida. Y ahora, bebe tu café y deja que le alegre la mañana al teniente.

—¿Estás dispuesta a decirle eso?

—Por supuesto. De este modo, Joe perderá otro de sus valiosos peones...

—Muy bien, sea. A estas horas seguramente aún estará en su apartamento...

Saboreó el fuerte café mientras ella trataba de comunicar con el policía.

Cuando lo logró dijo:

—Soy Roberta, teniente.

Se oyó una suerte de agudo ladrido al otro extremo de la línea. Luego, la voz de Mac Mahon rugió:

—¿Cree que va a burlarse de mí también? ¡Yo sé positivamente que usted está muerta! ¡Maldita sea! Quiero decir, que Roberta Cutler está muerta...

—Estoy segura que comprobó mi muerte, Mac Mahon. Pero eso no importa ahora. Tengo algo muy importante que decirle...

—¿Importante?

—El nombre de un traidor en su propia oficina. Uno de sus hombres, que está a sueldo de Joe Ringold.

Durante unos segundos, Mac Mahon fue incapaz de hablar.

—¿Quiere burlarse de mí?

—Hay un detective llamado Raid, teniente. Investigue sus cuentas bancarias, su tren de vida... Todos los meses ingresa quinientos dólares de Joe, y a cambio le informa de cualquier cosa que pueda interesarle. ¿Por qué cree usted que jamás han podido sorprenderle en sus asaltos sorpresa?

—Raid... Lo investigaré. Escuche, sea quien sea...

—Roberta Cutler. Convéncase, teniente.

—Suponiendo que sea cierto. ¿Por qué no me reveló eso antes?

—Antes confiaba en vivir. No podía traicionar a Joe sin arriesgar la cabeza. Ahora eso ya no importa. No me queda nada que perder.

Colgó el teléfono y se volvió, sonriendo.

Brand gruñó:

—Apuesto que ha dado tal salto que ha agujereado el techo. Y espero que lo referente a Raid sea cierto, querida, porque sería trágico que por un error arruinases la vida de ese tipo.

—Tranquilízate. Ese granuja está a sueldo de Joe desde hace mucho tiempo.

Donald no insistió, sólo la atrapó por la cintura y obligándola a sentarse sobre sus rodillas la besó como no recordaba haber besado jamás a ninguna otra mujer.

Ella se abandonó entre sus brazos. Tampoco por su parte recordaba que besar a un hombre le hubiese producido nunca esa sensación de ternura, de ansias de entregarse tan completamente, de limpia plenitud sentimental.

Poco a poco se dejó deslizar hacia atrás, encerrada en los duros brazos del reportero.

Justo en ese instante el teléfono sonó, haciendo añicos el intenso momento de amor.

Brand alargó el brazo y atrapó el auricular.

—¿Qué pasa? —rezongó.

—¡Maldita sea tu estampa! ¿Estabas durmiendo todavía?

Era la voz del jefe de redacción y tuvo la virtud de despejarle de golpe.

—¿Qué cree que es ese trabajo de esclavo, hombre? Además, no creo que haya fuego en ninguna parte...

—¡Eso es lo que hay, fuego! —bramó la voz, haciendo vibrar el auricular—. ¡Fuego provocado por una bomba!

—¿Dónde?

—Eso va a romperle el corazón, porque era uno de sus lugares preferidos donde emborracharse. Se trata de The Gambold.

Donald dio un brinco fuera de la cama.

—¡Estaré allí en un minuto!

Fue algo más de un minuto, pero para el caso igual hubiera sido una hora.

El que fuera establecimiento propiedad del exboxeador, ardía como una tea. Parte de la fachada se había hundido por efecto de la explosión de la bomba, y las puertas estaban tiradas en la acera, astilladas.

Los bomberos luchaban bravamente contra las llamas.

El buscó a alguien conocido, pero fracasó. Acabó acercándose al primero que encontró a mano.

—¡Oiga! —gritó para hacerse oír—. ¡Soy periodista! ¿Sabe si ha habido víctimas?

—¡Seguro! Han sacado tres cadáveres hace un rato, y dentro de ese infierno queda alguno más.

—Ya veo...

El bombero le dejó para correr hacia una de las mangueras.

Brand comenzó a interrogar a unos y a otros, recogiendo retazos de la historia hasta formarse una idea aproximada de lo sucedido, que, por otra parte, no era ninguna novedad.

Un coche se había detenido frente al local. Dos hombres habían saltado a la acera. Uno de ellos al parecer llevaba una cartera de mano. Ambos habían penetrado en el establecimiento y vuelto a salir poco después, subiendo al coche y desapareciendo rápidamente.

Apenas un minuto más tarde, todo había estallado como un volcán. Los testigos con los que habló no estaban seguros si los dos hombres, al salir, llevaban todavía la cartera o no.

Mac Mahon llegó con notable retraso, y Brand, que le conocía bien, se asombró de la crispación de sus facciones.

—Bueno, tómalo con calma —le aconsejó, encendiendo un cigarrillo—. Después de todo, no se ha perdido ninguna gloria ciudadana.

—¡Cierra la boca!

Por unos instantes pareció como si el policía fuera a internarse en el rugiente infierno en que se había convertido el bar.

Un oficial de bomberos le interceptó.

—¿Adónde demonios cree que va, hombre? —le increpó.

—Soy Mac Mahon, de Homicidios... ¿Ha habido algún superviviente?

—Si se refiere a los que estaban dentro del bar, no, ninguno.

—Lo imaginaba...

Retrocedió. Brand se colocó a su lado.

—¿Qué pasa, Mac?

—No me encontraron a tiempo, eso es lo que pasa. Clader me buscaba. Estuvo llamándome repetidamente a mi oficina diciendo que quería hablarme urgentemente... Yo estaba efectuando unas comprobaciones en los Bancos y no lo supe hasta que regresé. Pero entonces me informaron también de que alguien había colocado una bomba en el bar... Demasiado tarde —repitió, furioso y desalentado.

—De modo que ese gorila se había ablandado al fin, ¿eh? El miedo le venció, pero también él esperó demasiado. La visita de

Robby le desmoralizó.

Mac Mahon dio un respingo.

—Así que tú también crees que le visitó.

—Me limito a repetir lo que él afirmaba, ya lo sabes.

—No necesitas excusarte ni andar con rodeos. A mí también trató de verme anoche.

—¿Robby?

—Sí.

—Cuéntame qué pasó.

—Es algo tan absurdo que ni yo mismo lo creería...

Hoy me ocuparé de buscar un experto en parapsicología y todas esas cosas. Quiero saber a qué atenerme, porque aquí ocurren cosas inexplicables. Primero pensé que existía una hermana gemela, pero pude comprobar que Roberta Cutler jamás tuvo ninguna hermana. Era hija única.

—¿Pudiste verla?

Mac Mahon le refirió lo sucedido con su patrona y la misteriosa visitante. Luego añadió:

—No me avergüenzo de reconocer que estoy desconcertado... ¿Tú qué opinas?

—Todo lo que se me ocurre es que no aclararás este lío hasta que Ringold muerda el polvo. Fantasma o no fantasma, Robby debe su muerte a Joe Ringold.

—Creo que entiendo lo que quieres decir... y ahora puedes añadir a la lista los desgraciados que han muerto abrasados ahí dentro.

Brand no insistió, dejando que el teniente se ocupara de su trabajo. El buscó un teléfono y dictó una crónica del suceso, cargando las tintas y lanzando una diatriba contra el gangsterismo organizado y sus métodos de terror.

Al regresar al escenario del suceso, Mac Mahon había desaparecido y los reporteros de la competencia pululaban como moscas, así que él también fue en busca de su coche y se largó dejando atrás la dantesca escena de crimen y muerte, demostración del grado de salvajismo que Ringold estaba dispuesto a prodigar para borrar cualquier punto débil de su coraza.

Mientras conducía, Donald trataba de construir mentalmente un cuadro aproximado de la razón que empujaba a Ringold hasta

extremos que podían volverse de pronto contra él.

Brand sabía que con la ayuda de Roberta estaba en condiciones de desenmascarar al elegante pistolero. Podía hundirle en el momento que se lo propusiera.

Pero eso no era suficiente, con ser muy importante.

Antes de aplastar a Joe Ringold debía descubrir algo infinitamente más grave.

Algo que valía alrededor de un centenar de millones de dólares.

CAPÍTULO IX

El japonés no demostró ninguna satisfacción al ver Entrar al periodista. Su rostro ceñudo se crispó y a duras penas se contuvo.

—¿También usted viene a por la historia, fisgón? —rezongó.

Donald acercó una silla a la mesa y sonrió:

—He oído la versión tantas veces que la sé de menoría, Hashita. Debí pasar un rato infernal discutiendo con una mujer que lleva varios días muerta.

—Déjese de bromas.

—¿Fue una broma que su, arma le fallara ante ella, y sin embargo abriera un agujero en la pared? A propósito de agujero...

Miró a su alrededor hasta descubrir la desconchadura. Sacudió la cabeza, fingiendo un perfecto asombro.

—Diablos, Hashita, no entiendo cómo pudo hacerlo.

—¿Cómo pude hacer qué?

—No me refería a usted, sino a ella. ¿Cómo pudo conseguir que la pistola fallara?

—¡Ya basta! ¿Qué es lo que quiere?

—No se altere, amigo, he venido a hacerle un favor. El rostro ceniciento del japonés se tiñó de rojo a impulsos de la ira.

—¡Acabe!

—Usted conocía a Clader, seguro. Un exboxeador grandote, propietario de un tugurio llamado The Gambold. ¿Me sigue, Hashita?

Éste empezó a preocuparse.

—Le conocía —gruñó—. ¿Y qué con eso?

—Ahora habrá de asistir a su entierro. Pusieron una bomba en su local y ardió como una tea... con él y varios clientes dentro.

Ahora, Hashita no replicó. Sintió un frío de muerte. Donald añadió:

—El también había recibido una advertencia de esa aparición,

Hashita, y también lo contó a todo el que quiso escucharle. Joe Ringold no admite charlatanes en su negocio.

—¿Ringold? —tartajeó el japonés, apenas sin voz.

—¿Se le ocurre alguien más que en estos momentos pudiera desear la muerte de Clader?

A Hashita no se le ocurrió nadie, de modo que apretó los labios y se restregó la cara con las manos, hundido. Donald encendió plácidamente un cigarrillo y soltó:

—Si yo estuviera en su lugar, procuraría guardarme las espaldas, porque el próximo puede que sea usted.

—¿Por qué yo?

—Usted sabrá. Claro que podría ponerse a salvo fácilmente...

—¿De qué modo, según usted?

—Contándome toda la historia... Usted debe saber qué pretende Robby... qué es lo que anda buscando con sus apariciones. Dígamelo y mi periódico le tomará a usted bajo su custodia. Ni Ringold ni sus esbirros podrán alcanzarle.

Hashita sacudió la cabeza.

—Ojalá fuera tan fácil...

—Lo es —insistió Brand, esperanzado.

—Usted no comprende nada de nada. Y ahora, déjeme en paz. Tengo mucho trabajo.

—Está suicidándose, Hashita.

—Eso cree usted. Adiós, señor Brand.

Donald se levantó, disimulando su frustración.

—Asegúrese de que las primas del seguro de su negocio están al día, amigo. Aunque maldito si eso le preocupará cuando esté convertido en pedacitos.

Salió del despacho cerrando de un portazo.

Pero no se alejó. Se quedó allí, muy quieto, con el oído pegado a la puerta.

Durante un minuto no oyó nada. Luego, escuchó el mudo del dial telefónico. El japonés estaba llamando a alguien.

Siguió inmóvil, aguardando.

Y al fin, la voz del oriental.

—¿Hola? Quiero hablar con Joe... Hashita.

Brand esbozó una sonrisa en su solitario espionaje. —¿Joe?— resonó la voz del japonés—. Aquí, Hashita... Acabo de enterarme de

lo sucedido a Clader... ¿No sabe usted nada? Me sorprende... porque se asegura que fueron sus hombres quienes colocaron una bomba... ¡No me grite, Joe! Me han asegurado que fueron gente de usted quienes hicieron el trabajo... quiero decirle que no sueñe con repetir la broma conmigo... Yo soy más precavido que ese estúpido boxeador... ¡Le repito que no me grite!

Por lo visto, Joe Ringold se extendió en alguna clase de explicación, porque pasó¹ casi un minuto sin que Hashita volviera a hablar. Después Donald le oyó decir:

—Todo eso está muy bien, Joe... sin embargo, déjeme decirle que si a mí me sucede un accidente, de cualquier clase que sea, todo el asunto le estallará en las narices. Lo tengo dispuesto de ese modo, amigo mío, de modo que recuérdelo en caso de tener una de sus ideas...

Colgó de golpe, seguramente dejando a Joe Ringold con la palabra en la boca, cosa que debió ponerlo furioso.

Donald se retiró cautelosamente hasta la escalera que conducía al establecimiento del japonés. Ahora tenía la absoluta seguridad de que Hashita podía ser la llave que abriese la coraza que protegía a Ringold.

Regresó directamente a su apartamento, donde había quedado con Roberta que se encontrarían.

Sólo que la muchacha no estaba allí cuando él llegó. Buscó una nota explicativa de esa ausencia, pero no la encontró, cosa que empezó a inquietarle profundamente.

Estuvo un buen rato intentando adivinar a dónde podía haberse dirigido, pero hubo de reconocer que no tenía la menor idea, de modo que se lanzó a la calle con la intención de precipitar los acontecimientos de la manera que fuese, a fin de que Robby pudiera vivir en paz, y junto a él.

Sabía que sólo Mac Mahon podía hacer saltar definitivamente al forajido, con sólo que decidiera dejar de lado algunas de las trabas que reducían sus movimientos. Así que fue en busca del teniente, cada vez más preocupado por la desaparición de la muchacha que se había metido en su sangre como un veneno...

Al caer la noche la niebla repitió su acostumbrada aparición, y a medida que pasaron las horas se hizo más espesa, más densa y húmeda, hasta impregnar las calles, las fachadas de las casas y las

carrocerías de los autos estacionados a lo largo de las aceras.

Los habitantes de San Francisco sabían por experiencia que las nieblas nocturnas no desaparecerían hasta que cambiara el viento y se elevara la temperatura. Estaban acostumbrados, de todos modos, y nadie parecía preocuparse mayormente por el fenómeno.

Y menos que nadie la persona que ocupaba el coche cerrado, aparcado desde hacía horas en la estratégica esquina desde la que se dominaban las dos salidas del Fuki Yama.

Parecía ser alguien muy paciente, a quien no importara el tiempo en absoluto.

De manera que cuando el gran sedán negro apareció como un oscuro fantasma, silencioso y lento, comprendió que su paciencia estaba a punto de obtener una recompensa.

El sedán maniobró para estacionarse casi metido en la calleja lateral. Se apagaron sus faros y dos vagas sombras descendieron de él, internándose en la absoluta oscuridad del callejón.

Los dos hombres se deslizaron a lo largo de las paredes hasta una puerta que parecían conocer bien. Uno de ellos extrajo una llave y la hizo girar en la cerradura.

Si Hashita hubiera podido saber que esos hombres disponían de semejante llave hubiera estado mucho más inquieto de lo que ya estaba.

Pero no lo supo hasta que la puerta de su despacho se abrió violentamente y se encontró mirando a los dos intrusos y al cañón de una pistola que le apuntaba a la cabeza.

Se levantó poco a poco, pálido, asustado y furioso a un tiempo.

—Tranquilo, hombrecito —le recomendó Saxton con burla—. No hagas nada que nos ponga nerviosos.

—¿Qué creen que van a conseguir con esto? —balbuceó el japonés.

—De momento, evitar que organices un alboroto.

Hale dio un rodeo para no interponerse en la línea de tiro de su compinche, llegó a la mesa y empujó a Hashita a un lado. Abrió el cajón de la mesa y vio la pistola allí.

No la tocó, sólo volvió a cerrar el cajón.

—No lleva armas. Saxton —gruñó—. A menos que posea otra, claro está.

—Mejor será que te asegures...

En un instante hubo registrado al aterrado japonés. No le encontró ninguna otra arma y entonces le señaló la puerta.

—Echa a andar, mono. Vamos a dar una vuelta.

Hashita pasó junto a Saxton, apartándose instintivamente de la pistola.

Le escoltaron hasta la salida de servicio, y por el callejón hacia su coche.

El japonés dominó su temor y masculló:

—Quiero hablar con Joe... él debe escucharme, muchachos, antes de cometer el más estúpido error de su vida.

—Claro, claro, hablarás con el patrón.

—¿Vamos a ir a verle ahora?

—¡Cierra el pico!

De un empujón le metieron en el coche, sobre el asiento posterior. Cuando se enderezó, Saxton estaba a su lado hundiéndole el cañón del arma en las costillas.

Hale tomó el volante y condujo despacio por entre la niebla, cada vez más espesa.

La misma niebla que ocultó el auto que se puso en movimiento sin utilizar los faros, guiándose tan sólo por las imprecisas luces rojas del sedán.

Hashita dejó pasar unos minutos, hasta conseguir calmarse lo suficiente.

Entonces dijo:

—¡Exijo ver a Joe ahora mismo, Saxton! El debe escucharme...

—¡He dicho que cierres la boca!

—¡Pero no puede hacerme esto a mí! Si me ocurre algo él también se hundirá.

Hale refunfuñó:

—Si vuelve a hablar, sacúdele.

Saxton emitió una risita.

—Ya lo oíste, mono. Abre la boca otra vez y te la ganas.

El japonés empezó a temblar ahora. Pero seguía sin creer que Ringold hubiera decidido matarle sin esperar a saber siquiera qué podía haber dispuesto él para prevenirse.

El auto rodaba ahora por los suburbios, desiertos, sombríos bajo la niebla. Y ésta era todavía más espesa en la ruta de la costa.

Hashita miró por la ventanilla tratando de orientarse. No vio

nada más que aquella siniestra masa gris, y algún que otro punto de luz, débil y difuminado.

Los faros de los coches con que se cruzaban aparecían de pronto muy cerca, para esfumarse al instante engullidos por aquel sudario.

Hale se veía obligado a prestar toda su atención a conducir. Inclinado sobre el volante, dejaba a su compañero la tarea de ocuparse del oriental.

Hashita lo comprendió de pronto, impulsado por su desesperación. Si podía librarse de Saxton estaría salvado...

Rabiosamente, se lanzó sobre él apartando la pistola de un violento manotazo.

El pistolero maldijo cuando se vio lanzado hacia atrás. Levantó la mano armada y golpeó ciegamente una y otra vez, mientras el japonés saltaba hacia la portezuela. Consiguió abrirla y un girón de niebla se arremolinó dentro del coche empujada por el viento...

Saxton le atrapó en el último instante por los cabellos. Tiró salvajemente hacia atrás, arrojando a Hashita sobre la alfombra. El viento de la marcha cerró la portezuela con un golpe seco.

Hale chilló:

—¡Sacúdele, maldito sea!

Saxton no necesitaba que le animaran para ese trabajo.

Descargó el cañón de la pistola sobre la frente del japonés y éste no pudo contener un grito. Repitió el feroz golpe y de la cara de Hashita saltó la sangre a borbotones.

Se quedó muy quieto, hecho un ovillo a los pies del asesino.

—Eso le enseñará a estarse quieto —masculló Saxton.

—Debimos tumbarlo tan pronto llegamos al coche —opinó Hale, ceñudo, la mirada clavada en el corto trecho de asfalto que divisaba más allá de las luces de sus faros.

Más tarde Hashita empezó a rebullir. Tenía el rostro cubierto de sangre y ahora sabía que no le llevaban a ver a Ringold, sino a su funeral.

Gimoteó, incorporándose. Saxton dijo, riendo:

—Pudiste haber evitado todo esto, idiota.

Logró sentarse en el extremo del asiento y recostó la cabeza en el respaldo. El pánico le paralizaba hasta el punto de que ni siquiera experimentaba dolor alguno en la cara.

Hale maniobró al fin, sacando el coche de la carretera,

internándose por un camino que tras internarse entre grandes masas rocosas terminaba en un mirador natural sobre la playa.

Hasta allí llegaba el rumor del mar, con el chapoteo de las olas al romperse contra la arena, pero era imposible ver nada a dos pasos de distancia.

Detuvo el coche y dijo con sarcasmo:

—Final de trayecto, Hashita.

Saxton abrió la portezuela y tiró del oriental hacia afuera. Con la punta de la pistola le empujó hacia la comisa que se alzaba a modo de balaustrada rocosa y allí dijo:

—Alto ahí, mono... queremos hablar un poco contigo antes de darte tu merecido.

Hale apagó el motor, pero no las luces, que apenas si penetraban unos pasos la densa niebla.

Rodeó el coche, disgustado por la humedad y por no distinguir apenas su propia mano.

Estaba en la parte trasera del gran coche cuando el mundo se desplomó sobre su cabeza. Sintió un rayo de dolor paralizándole el cerebro y cayó sobre la carrocería.

Una llave inglesa se abatió de nuevo contra su indefenso cráneo. Sonó un siniestro crujido y el asesino se deslizó al suelo sin un suspiro.

Saxton gruñó:

—¿Qué estás haciendo ahí, Hale?

Al no obtener respuesta empezó a inquietarse.

—¡Hale! —gritó.

Hashita se enderezó, esperanzado.

El problema desconcertó a Saxton. No podía abandonar al japonés ni matarlo antes de haberle obligado a decir lo que interesaba a Joe.

Y debía acudir en ayuda de Hale...

—¿Dónde infiernos estás, Hale? —bramó, apretando la pistola entre los dedos con nerviosismo.

Hashita murmuró:

—Te has quedado solo... de algún modo tu compinche ha huido. O alguien le ha matado...

—¿Quién, maldita sea tu estampa?

—Habrás de averiguarlo.

—Pero antes te volaré los sesos.

Hashita calló.

—¡Hale! —chilló Saxton una vez más.

De nuevo silencio, y el chapoteo del mar allá abajo.

La niebla envolviéndoles...

—Echa a andar hacia el coche, mono... con cuidado, bastardo, o te la cargas sin más.

Hashita se desplazó cautelosamente hacia las luces, sintiendo la pistola en su costado.

De pronto, los pies de Saxton se enredaron en el cuerpo de su propio cómplice y estuvo a punto de desplomarse. De nuevo, Hashita vio su oportunidad y se lanzó sobre él, golpeándole frenéticamente.

Saxton aulló, rabioso, y le descargó un salvaje culatazo sobre la nariz.

Hashita cayó de rodillas, semiinconsciente.

Un dolor terrible le torturó ahora, extendiéndose por cada fibra de su cuerpo. Oía el incesante gruñido de Saxton, inclinado sobre el cuerpo derribado en el suelo.

Y de pronto le oyó soltar un quejido y caer de bruces. De la niebla brotó una mano que se apoderó de la pistola, y detrás de la mano surgió un rostro horriblemente blanco, como flotando, ingrátido, en la húmeda masa gris que les engullía.

Hashita no pudo contener un alarido y por un instante deseó que Saxton le hubiera matado antes de tener que enfrentarse con la horrible aparición...

CAPÍTULO X

Mac Mahon se echó atrás en su sillón y clavando sus ojos en el joven detective gruñó:

—Llévenselo.

Raid abatió la cabeza. Junto a él, dos de los que hasta esa noche habían sido sus compañeros le empujaron hacia la puerta.

Sobre la mesa quedaba su placa, su carnet policíaco y el revólver de reglamento, todo lo cual había mancillado empujado por su ambición.

En la puerta, los tres hombres se cruzaron con Donald Brand, que se disponía a entrar.

Mac Mahon se enderezó, sobresaltado.

Brand se coló dentro cerrando cuando los tres hombres hubieron salido.

—Así que le has desenmascarado... —comentó el reportero.

El teniente se quedó boquiabierto.

—¿Cómo diablos sabías que Raid estaba siendo sobornado?

Brand se encogió de hombros.

—Recibí una confidencia.

—¿De quién?

—¿Cómo lo supiste tú Mac?

—¡Condenación! Soy yo quien hace las preguntas.

Donald sonrió.

—Hablé con Robby, Mac.

Mac Mahon sintió que empezaba a volverse loco.

—¿Tú también? —gimió.

—Raid estaba a sueldo de Ringold, ¿no es verdad?

—Sí, pero como publiques una maldita palabra sobre eso será la última vez que te acerques a este departamento.

—No tengo ningún interés en ventilar los trapos sucios de la policía. Mi interés se centra en Hashita, Mac.

—¿Por qué, te lo dijo el fantasma?

—Ese fantasma, como tú le llamas, te ha librado de la sanguijuela que tenías enquistada entre tus propios hombres. Y nos señala los puntos débiles de Ringold, sólo que hasta ahora hemos sido lo bastante idiotas para no hacerle caso.

—En lo que respecta a Raid, es cierto. Comprobé sus imposiciones en el Banco, los gastos que había realizado en este último año y luego se lo restregué por las narices. Se vino abajo muy pronto... Podría detener a Joe Ringold por cohecho y...

—Y te obligarían a soltarle en menos de veinticuatro horas bajo fianza.

—Ya pensé en eso.

—Créeme, Mac; Robby nos está señalando la dirección a seguir. Clader era un punto débil en la cadena de Ringold y lo desperdiciamos. Queda Hashita. Es de eso de lo que... hemos hablado.

Mac Mahon se levantó de un brinco.

—¡Muy bien! ¿Le has dicho también que te habías enamorado de su hermoso fantasma?

—Sí.

Estupefacto, el teniente murmuró:

—Me rindo. Al infierno contigo, con las explicaciones lógicas de un fenómeno que no tiene lógica, con una mujer que ni siquiera existe y que sin embargo aparece cuando quiere o llama por teléfono... ¡Al infierno con todo! Voy a echarle el guante a Hashita y le obligaré a soltar todo lo que sabe aunque tenga que arrancarle su piel amarilla.

Brand disimuló la satisfacción que sentía por haber conseguido sus propósitos con tanta facilidad.

Siguió al teniente hasta el coche, y luego, cuando ya estaban en ruta hacia el Fuki Yama preguntó:

—¿Qué te ha confesado Raid, Mac?

—Sólo que informaba a Ringold de todo lo que pudiera afectarle. Ya sabes... asaltos por sorpresa contra sus locales, investigaciones respecto a sus ingresos y cosas así. Pero nada más. Si sabe algo referente a la muerte de Roberta Cutler jamás lo confesará.

—Es lógico. Soborno es un cargo grave, pero no tanto como el

de complicidad en un asesinato.

—Veremos qué tiene que decirnos ese maldito japonés...

Éste no podía decirles nada porque no estaba en su despacho ni nadie conocía su paradero.

Desconcertado, Mac Mahon titubeó durante un minuto.

—Conozco a Hashita muy bien —refunfuñó—. Es incapaz de abandonar su negocio por mucho tiempo, así que deberá regresar pronto. Le esperaremos.

Fue a sentarse en el sillón detrás de la mesa y empezó a revisar los cajones.

Vio la pistola y sin tocarla dijo:

—Ésta debe ser el arma que le jugó la mala pasada... Daría mi paga de un mes por saber cómo lo consiguió.

—¿Qué?

—La mujer o el fantasma... ¡Maldita sea! Empiezo a creer en aparecidos. ¿Cómo diablos hizo para que no se disparara contra ella?

Donald desvió la mirada y para disimular señaló el rincón.

—Echa un vistazo a ese impacto. La pistola disparó.

—Pero no contra la aparición.

Se echó atrás, encendió un cigarrillo y rezongó:

—Lo malo será si nos tiene aquí toda la noche...

No podía saber lo cerca que estuvo de esperar eternamente la vuelta del japonés.

Hashita seguía temblando cuando balbuceó:

—¿Qué he de hacer ahora?

—Sólo carga a esos dos en el coche —dijo la mujer.

—Pero tú... me matarás también...

—Debería hacerlo, puesto que quisiste disparar contra mí, pero ahora ya no importa. Sé todo lo que necesitaba. Podrás continuar con tu negocio... si alguien no te corta el cuello el día menos pensado.

El japonés arrastró los dos cuerpos hasta el auto y los arrojó dentro. Ninguno de ellos emitió ni un quejido.

—¿Y ahora? —murmuró.

No obtuvo respuesta.

Volviéndose, buscó a la fantasmagórica aparición.

No la vio por ninguna parte. Se había esfumado.

Temblando, Hashita dio unos pasos de un lado a otro. Luego, volvió al coche y miró a los dos hombres.

Ella le había ordenado colocarlos allí. Recobrarían el conocimiento de un momento a otro... y él estaba sin armas.

Echó a correr hacia la carretera. Su mente era un caos y todo el pánico de que era capaz lo estaba viviendo esa noche que no olvidaría nunca. Mientras se alejaba en dirección a la ciudad recordó las veces que se había burlado de las antiguas tradiciones de su tierra que apenas si recordaba... tradiciones ancestrales que le habían producido regocijo ante su ingenuidad.

Y ahora tenía tratos con aparecidos. Y le debía la vida a la pesadilla que ponía hielo en su sangre cada vez que la recordaba...

Había recorrido casi una milla cuando vio aproximarse los faros de un auto.

Temeroso de que se tratara del que le llevó al que debía haber sido el último viaje de su vida, se ocultó en la cuneta.

Sólo cuando consiguió distinguir el color rojo de la carrocería salió de un salto, haciéndole señas frenéticas.

Tuvo suerte. El hombre que conducía no era miedoso y accedió a llevarle hasta San Francisco sin hacer demasiadas preguntas.

Estaban a mitad de camino, cuando un sedán grande y oscuro les adelantó surgiendo de la niebla y fundiéndose en ella otra vez hasta desaparecer definitivamente.

CAPÍTULO XI

Saxton y Hale se miraron. La cabeza les daba vueltas y ambos temían que fuera a caerles de un momento a otro.

Ringold ladró:

—¡Excusas! ¿Quién pudo intervenir para salvar a ese mono amarillo?

—Ni siquiera le vimos —gimió Saxton.

—Quien fuera, nos «limpió» —terció Hale—. No nos dejó ni el tabaco en los bolsillos.

—¡Imbéciles del demonio! Estoy rodeado de inútiles... Apuesto que incluso llevabais documentos, para que fuera más fácil identificaros.

Ambos cambiaron una mirada.

—Documentos no, patrón —murmuró Saxton—. Sólo algún dinero, llaves, tabaco... ya sabe, cosas así.

—Y el japonés os limpió.

—¡No fue el japonés! —Se engalló Saxton—. Yo le tenía bien controlado cuando alguien me sacudió. Había mucha niebla y oscuridad... No vi nada.

—Yo tampoco pude ver al que me tumbó —dijo Hale.

Ringold se paseó de un lado a otro del despacho, enfurecido.

Saxton murmuró:

—A mi me quitó más de doscientos pavos... de este bolsillo.

Metió la mano en el bolsillo para demostrarlo. Y se quedó tan rígido que Joe se detuvo ante él.

—¿Y ahora qué te pasa? —bufó Ringold.

El pistolero sacó la mano. Tenía un papel doblado entre los dedos.

—¿De dónde ha salido este papel? —balbuceó, perplejo.

Joe se lo arrebató y desdoblándolo le dio un vistazo.

Le vieron perder hasta el último asomo de color. Una palidez

mortal se adueñó de sus facciones y casi trastabillando fue a sentarse detrás de la mesa.

Allí, levantando su azorada mirada, gruñó:

—¿Quién te dio esta nota?

—No lo sé... debieron deslizarla en el bolsillo cuando estaba sin sentido...

Joe volvió a leer el escueto mensaje. Era otra amenaza, pero en ella se mencionaba una noche de tiempo atrás... una noche que no había olvidado y que sólo una mujer en todo el mundo podía conocer los detalles que se describían en el breve escrito.

Una sola mujer en toda la tierra... Roberta Cutler.

Y era su letra. La conocía bien, una letra picuda, nerviosa y un tanto desordenada.

La letra de Robby.

—¡Fuera de aquí! —Ladró.

Los dos pistoleros salieron sin esperar una repetición de la orden. Después de todo, habían temido que saldrían peor parados.

Joe se levantó y comenzó a dar largas zancadas de un lado a otro del despacho.

Ahora sabía lo que era el miedo. La viscosa sensación del pánico alterando incluso la respiración, desbordándole.

Intentó concentrarse lo suficiente para tomar una decisión. Era imprescindible salvar el gigantesco negocio o estaría perdido sin remedio. Pero mientras viviera el japonés pendería una espada sobre su propia cabeza.

Y luego estaba aquella nota...

Y sus socios que se impacientaban, con la policía husmeando en torno y la Prensa vociferando...

Se detuvo en seco cuando el timbre del teléfono le sobresaltó.

Tomando el auricular exclamó:

—¡Hable!

—Hola, querido...

¡La voz!

Era su voz, sin la menor duda.

Sintió el sudor brotar de todos los poros de su cuerpo.

—¡Robby! —jadeó.

—Sí, querido. Empiezas a hundirte, ¿lo sabías? Y no he hecho más que empezar.

—No comprendo qué está sucediendo contigo, pero no conseguirás impresionarme. Yo no creo en aparecidos. Eso son cuentos de viejas.

—Yo no soy ninguna vieja. Joe... se me ocurre que deberías ocuparte un poco de tu amigo confidente. Sé que está en apuros.

—¿Quién?

—Raid.

Se quedó sin aliento y tardó unos segundos en hallar la voz.

—¿Qué sabes de eso?, ¡maldita!

—Bueno, yo lo sé todo, querido. Raid está en un apuro. ¿Encontraste mi nota? Espero que ese pistolero tuyo te la haya entregado.

—Sí.

—¿Y todavía dadas de que soy realmente yo? Nadie más puede conocer incluso lo que hablamos aquella noche.

Joe sintió que las piernas le temblaban y hubo de buscar asiento en una butaca.

—Incluso así —masculló—, no puedes ser una aparición... Hay una explicación lógica. Tiene que haberla —acabó, ahogándose.

—Mientras buscas esa explicación, el tiempo se te acaba.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Frenético, Ringold disco un número, el de su abogado. Hubo de esperar varios minutos antes de que el picapleitos respondiera.

—Soy Joe —gruñó—. Necesito que venga a mi despacho ahora mismo.

—¿Sabe la condenada hora que es, Ringold?

—¡Claro que lo sé!

Colgó de un golpe.

El abogado llegó media hora más tarde. Sin preámbulos, Joe le espetó:

—Tengo razones para creer que un detective llamado Raid ha sido detenido, acusado de haberse dejado sobornar. Yo le pagaba una cantidad todos los meses.

—¿Y...?

—Necesito que le dejen en libertad. Bajo fianza o de cualquier otro modo, eso corre de su cuenta.

—Muy bien, pero quizá cueste caro conseguir su libertad. Tratándose de un policía los cargos serán graves.

—¡Maldito si me importa lo que cueste! Usted límitese a pagar y sacarlo.

—De acuerdo. Ringold, no se ponga nervioso conmigo.

Cuando el abogado hubo salido, Joe reanudó sus paseos de un lado a otro. Sólo quedaba un escollo ahora: Hashita.

Pero era un escollo muy peligroso, y difícil de manejar porque el japonés sin duda se había preparado algún truco para hacer que todo saltara por los aires si a él le sucedía algo.

Si Hale y Saxton le hubiesen hecho hablar antes de liquidarlo, sus preocupaciones por ese lado habrían terminado.

Y entonces sólo quedarían sus socios...

Sus socios y Robby, claro.

Aunque el pistolero se preguntó cómo puede un hombre acabar con un fantasma.

Finalmente, abandonó el despacho. Fuera, el guardián abandonó la silla y gruñó:

—¿Va a volver, patrón?

—No lo sé.

El hombre hizo una mueca, porque eso significaba que debería continuar amarrado en ese aburrido despacho el resto de la noche.

Ringold se volvió cuando ya llegaba a la escaleras.

—¿Sabes si Digger está abajo? —preguntó.

—Seguro.

Joe Ringold descendió en busca del más brutal de sus matones, un hombre con la mentalidad de un simio incapaz de elaborar una sola idea por su cuenta.

Lo encontró en el pequeño bar del sótano, agarrado a una botella y contemplando con sus ojillos tristes a las parejas que bailaban perezosamente en la diminuta pista.

—Deja la botella y sígueme —gruñó al pasar junto a él.

Digger era un individuo amazotado, cuadrado y de corta estatura. Le siguió dócilmente, como un perro.

Ringold se detuvo en el exterior, junto a su coche.

—Saxton y Hale están en el club —dijo—. Quiero que no los pierdas de vista, Digger. Ni un minuto.

—¿Por qué?

—Han fallado esta noche. Quizá alguien les sobornó, no lo sé. De todos modos, no me fío ya de ellos.

—Bueno. ¿Qué hago si quieren irse a dormir?

—Impedírselo. Quiero que se queden aquí esta noche.

—Está bien, Joe, puedes irte tranquilo.

Digger regresó hacia el establecimiento y Ringold tomó su coche y se dirigió a la ciudad. Decidió que ya era hora de que hiciera algunas cosas personalmente en ese desdichado asunto. Sobre todo, si quería que la enorme fortuna almacenada pasara enteramente a sus manos.

CAPÍTULO XII

Hashita abrió la puerta de su despacho y dio un paso adelante, pero se detuvo, petrificado al ver al teniente arrellanado en su sillón y el periodista en una butaca, bebiéndose su *whisky*.

—Entre, Hashita —invitó Mac Mahon, ceñudo—. Es hora de ajustar algunas cuentas.

—No recuerdo haberles autorizado a invadir mi despacho, teniente...

—¿De veras? Lo que son las cosas, Hashita; yo sí he autorizado a que le preparen una celda. ¡Entre y cierre esa puerta!

Donald comentó:

—Tiene usted un aspecto muy malo, Hashita. ¿Qué le sucedió?

—Nada...

Entró y cerró la puerta. Mac Mahon le espetó sin rodeos:

—Yo tenía un posible testigo en Clader, Hashita, y una bomba le hizo pedazos. Ahora tengo otro testigo, y no voy a dejar que también lo conviertan en polvo. De modo que he venido a preocuparme por su salud.

—Yo... yo puedo cuidarme solo.

—Eso será yo quien lo decida. Voy a terminar con Ringold de una vez por todas. Si quiere hundirse con él, adelante. Pero si se pone a nuestro lado se convertirá automáticamente en testigo de la acusación, con lo cual obtendrá un trato de favor y, probablemente, la libertad si no ha tomado parte en delitos de sangre.

—¡Yo no he matado nunca a nadie!

—Le creo. Cuando quiso matar a un fantasma ni siquiera supo disparar una pistola. ¿Qué decide, Hashita?

Éste reflexionó rápidamente. En otras circunstancias hubiera mandado al policía y al reportero al diablo. Ahora las cosas habían cambiado.

Su aventura de esa noche, más la aparición de aquella mujer, le

habían desmoralizado por completo.

—Está bien —decidió—. Joe Ringold ha intentado asesinarme esta noche.

Y contó lo sucedido de un tirón, casi sin respirar.

Donald brincó fuera de la butaca.

—¿Roberta le salvó? —dijo con un hilo de voz.

Sí.

Mac Mahon masculló entre dientes:

—Está chiflado... un fantasma salvándole a usted de esos pistoleros... ¿Por quién me toma, Hashita?

—Puede creerlo o no, pero es la verdad. Sin ella a estas horas estaría muerto.

—Pasemos ese detalle por alto, ya volveremos a hablar de ello más adelante. ¿Por qué Joe quiere verle muerto?

Hashita titubeó. Si revelaba el gran secreto, ni el trato de favor le salvaría de una condena.

De modo que dijo:

—De vez en cuando, le dejaba que sus distribuidores utilizaran mi establecimiento para su negocio. No podía negarme o me lo habrían volado. Quizá teme que le delate.

—Cosa que está haciendo.

Brand gruñó:

—Está guardándose lo principal, Hashita; el escondrijo de la gran partida de heroína.

—De eso no sé nada.

—¿Es su última palabra?

—No sé una palabra de esa partida. He oído rumores, pero nada concreto. Todo lo que yo hice fue dejar que la gente de Ringold distribuyera drogas en mi local.

—Muy bien, de momento con eso es suficiente. Vámonos, Hashita.

Mac Mahon salió de detrás de la mesa. Cuando ya se dirigían a la puerta, Brand agarró al japonés, deteniéndole.

—Un momento —exclamó—. ¿Qué fue de la mujer, después que usted se largó de ese roquedal?

—No lo sé... se esfumó como tragada por la niebla.

Se fueron Hashita y el teniente. Brand estuvo unos instantes inquieto y pensativo, tratando de adivinar dónde podría encontrar a

la muchacha antes que se metiera en un lío del que no pudiera escapar.

Hubo de confesarse que no tenía la menor idea de su paradero y eso aumentó su inquietud.

Tal vez hubiera decidido apretarle las clavijas a Joe Ringold, se dijo, y un estremecimiento de pánico le invadió.

Salió disparado ante esa sola idea, jurándose que le arrancaría la cabeza al pistolero si le había hecho el menor daño a Robby...

Pero Joe tenía otras ocupaciones por el momento.

Había sacado a Golding de la cama y su socio estaba protestando todavía cuando le interrumpió:

—Deja de alborotar y sal unos minutos. Necesito hablarte sin que nos oiga nadie.

—Mi familia está durmiendo. Entra.

—Pueden haber oído el timbre. Mejor que hablemos en el jardín.

—Está bien, pero date prisa, no quiero que se inquieten...

Le siguió hasta la valla. La humedad de la niebla le penetró hasta los huesos a través de su delgada bata de seda y el pijama.

—¿De qué se trata?

Joe se volvió entonces. Tenía una pistola en la mano. Una pistola enorme al estar prolongado el cañón por un desmesurado silenciador.

—Voy a empezar un gran negocio, Golding..., yo solo.

El hombre abrió la boca, aterrado. Antes que pudiera emitir un grito, el arma tosió dos Teces en rápida sucesión.

Golding giró sobre sus pies. Una de sus zapatillas se quedó en el suelo cuando él cayó dando tumbos.

Joe le contempló un instante mientras sus dedos arañaban la tierra hasta quedar inmóviles, como garfios.

Entonces se inclinó sobre él y comprobó que estuviera muerto. Satisfecho, el asesino se alejó hacia donde había dejado el coche y emprendió el camino de su segundo crimen en la noche.

Lasster vivía solo, en un lujoso apartamento de soltero instalado en el ático de un alto edificio. Llegar hasta su puerta no le resultó difícil, y cuando Lasster abrió Joe no perdió tiempo. La hundió el cañón de la pistola en el estómago y empujó, obligándole a retroceder al interior del apartamento.

—¿Te has vuelto loco? —barbotó su socio.

—Estaría loco si no hiciera lo que voy a hacer.

—¡Joe!

La pistola disparó dos veces. Los proyectiles empujaron a Lasster atrás dando tumbos, hasta que tropezó con un diván y se derrumbó sobre él. La sangre empezó a inundar el tapizado de piel.

Joe aproximósele con un brillo homicida en sus ojos que encandilaban a ciertas mujeres.

—Ni tú ni Golding tenéis talla suficiente para asociaros conmigo... él ya ha emprendido el gran viaje también.

Lasster le miró con los ojos inmensamente abiertos, mientras un hilo de sangre se deslizaba de su boca contraída en una horrible mueca.

Fríamente, el asesino le apuntó a la cabeza y dispara.

Nació un oscuro agujero en el centro de la frente, la cabeza pareció estallar por la nuca y Ringold desvió la mirada.

Guardó el arma y abandonó el apartamento sin prisas, seguro ahora de que el negocio saldría a pedir de boca sin tener que partir los enormes beneficios con nadie.

Desgraciadamente para él, había olvidado ya las palabras que Robby le susurró a través del teléfono la primera vez que lo llamó.

Eso fue un error trágico por su parte.

Hale rechinó los dientes.

—El maldito bastardo —musitó—. No nos pierde de vista.

Saxton miró por el rabillo del ojo la maciza silueta de Digger apostado junto a la puerta del desierto bar.

—Nos ha cazado, Hale —dijo—. Y ni siquiera tenemos un arma.

—¿Qué crees que se propone?

—¿Digger? Sólo impedimos salir. Es un pedazo de bestia sin seso.

—Me refiero a Ringold.

Saxton se estremeció.

—Le fallamos. ¿Es tan difícil para ti adivinar lo que planea?

—Librarse de nosotros.

—Eso creo.

—Yo no voy a dejar que me lleven al matadero como una res.

—¿Qué podemos hacer sin armas?

—Digger está armado.

Se miraron, Saxton súbitamente reanimado.

—Comprendo. ¿Vamos?

—Sólo con que imagine que vamos a salir por la fuerza sacará la pistola, de manera que habrá de ser todo muy rápido.

Echaron a andar hacia la puerta custodiada por Digger.

El simiesco pistolero saltó de la silla y se colocó en medio de la salida.

—¿A dónde creéis que...?

—Vamos a salir, Digger, apártate de ahí.

Digger rechinó los dientes. Hundió la mano bajo la solapa y en ese momento los dos rufianes le saltaron encima como impulsados por el mismo resorte.

Fue una lucha breve. Digger recibió un mazazo en el cuello que le dejó sin respiración. Una mano se aferró a su muñeca y mientras una lluvia de golpes le aturdía, sintió cómo la pistola le desaparecía de entre los dedos.

Después, su propia pistola se abatió sobre su cráneo con tanta furia que una profunda brecha empezó a manar sangre entre sus ralos cabellos.

Los dos pistoleros se levantaron. Hale tenía la pistola firmemente empuñada.

—¿Vamos, Saxton?

Éste rechinó los dientes.

—Déjame la pistola. Quiero ser yo quien le vuele los sesos.

—Bueno.

Saxton agarró la automática y ambos se lanzaron escaleras arriba.

El guardián de la oficina les contempló, estupefacto. Ni siquiera le dieron tiempo de hablar. Un par de salvaos golpes le dejaron sin sentido sobre la misma silla en que estuviera sentado.

Tras esto, ya no quedaron más obstáculos. La muerte esperaba ya a Joe Ringold en su propio cubil.

CAPÍTULO XIII

Cuando Donald Brand entró en su apartamento el teléfono estaba sonando.

Corrió a descolgarlo y oyó la suave voz de Robby.

—¡Chiquilla! —jadeó—. ¡Creí volverme loco de angustia! ¿Dónde estás?

—¡Lo tengo, Donald!

—¿Qué es lo que tienes?

—El escondrijo de Joe... ¡Oh, Dios! Es increíble lo que hay allí.

—¡Debes estar loca! ¿Dónde estás ahora? Iré a reunirme contigo.

—Ahora ya puedes traer al teniente, Donald. Con todo ese cargamento podrá acabar con Joe definitivamente... ¿Recuerdas el Viejo Molino?

—¿Ese *cabaret* que había en la costa?

—Sí... Cerró hace como un año.

—Sé dónde está, pero debe estar medio en ruinas.

—Me encontrarás allí, Donald. Es el almacén de Joe.

—Pero ese local jamás le perteneció.

—No, pero debía ser propiedad de alguno de sus socios. Date prisa, querido.

Colgó dejándole a él con un millón de preguntas por hacer.

Frenético, Brand disco el número de la policía. La voz del teniente le llegó cansada a través del hilo.

—Toma el coche y reúnete conmigo en la puerta de mi casa, Mac. Voy a proporcionarte el mayor triunfo de tu vida a cambio de la exclusiva de publicación del reportaje.

—¿De qué infiernos estás hablando?

—Ya deberías estar en camino. Hemos acabado con Joe.

Colgó, seguro de que eso haría volar al policía.

Y realmente, llegó en un tiempo récord. Donald saltó al asiento y le dijo adónde debía llevarle.

—Pero ese viejo edificio está casi hundido —protestó Mac Mahon—. Pertenecía a una sociedad que, quebró hace más de un año.

—¿Recuerdas el nombre de alguno de los socios?

—Creo que era algo así como Golder... o Golding, no estoy seguro. ¿Qué vamos a encontrar allí?

—El cargamento de Ringold... casi cien millones de dólares en heroína.

El coche dio un bandazo.

—¿Cómo demonios lo supiste?

—Robby me llamó por teléfono. Ella nos espera allí.

De nuevo, Mac Mahon casi perdió el control del coche.

—Ya empezamos otra vez. ¿Quieres hacerme creer que esa aparición, o lo que infiernos sea, te ha «soplado» el escondrijo de las drogas?

—Cierto.

—¿Y que está allí esperándonos, de modo que yo podré verla?

—Con toda seguridad.

—Estás burlándote de mí, aunque maldito si sé con qué finalidad.

—Nada de burlas. Robby nos estará esperando.

El policía le miró de mala manera pero no replicó. Sólo al cabo de un rato rezongó:

—Me gustaría saber cómo diablos debe comportarse uno con un fantasma. ¿Tú qué crees?

—Sólo límitate a hacer lo que yo haga... hasta cierto punto.

El coche describió una cerrada curva, barriendo la niebla en el solitario paraje de la costa donde se alzaba la edificación.

Los faros inundaron la oscura entrada. Una linterna destelló un par de veces allí y luego se apagó.

Los dos hombres corrieron hacia el portalón abierto. Dentro todo era negrura.

Donald murmuró:

—¿Robby?

—Estoy aquí.

La linterna se encendió otra vez, cegándoles.

Estupefacto, Mac Mahon parpadeó.

—¡Aparte esa maldita luz! —Gruñó—. ¿Quién diablos es usted?

—Roberta Cutler, naturalmente...

La linterna cambió de dirección. La luz bañó el blanco rostro fantasmal que destacó en la oscuridad como suspendido en el espacio.

Mac Mahon emitió un quejido y casi se cayó de espaldas.

—¡Roberta! —jadeó.

Vio cómo Brand avanzaba hacia ella y abrazándola la besaba apasionadamente en plena boca. Sacudió la cabeza para librarla de tamaña pesadilla, pero cuando volvió a mirar, la pesadilla continuaba allí, con aquel beso interminable. Un beso que debía inundar de placer al fantasma hasta el punto de que la linterna se deslizó de entre sus dedos y rodó por el suelo.

El teniente la atrapó de un zarpazo y dirigió la luz a la pareja. Comenzó a distinguir otros detalles entonces. Como por ejemplo, las soberbias piernas de la mujer, sus caderas redondas, firmes y mórbidas, y la delgada cintura... y los senos aplastados contra el amplio tórax del reportero...

Aquello no era ningún fantasma.

—¡Ya basta! —rugió, saliendo de su estupor.

Los dos le contemplaron, riéndose socarronamente.

—Te aseguro que para ser un fantasma es endiabladamente sólida, Mac —dijo Brand.

—Ya lo veo. ¿Cómo demonios es posible? Se comprobaron las huellas de aquel cadáver...

—Ése es el único misterio, teniente —murmuró la hermosa muchacha—. Ella era una amiga mía llamada Edna. Se ofreció para recoger mis cosas y llevarlas a su casa, mientras yo me internaba en una clínica para someterme a una operación de cirugía estética. Pensaba que de este modo Joe jamás podría reconocerme...

—Ya veo... Todo ha sido una tomadura de pelo.

—Ahí es donde te equivocas —intervino Donald—. Gracias a esa comedia que Robby ideó, todo se ha precipitado hasta el punto de que Hashita perdió el control. ¿No es así, nena?

—Me reveló el escondite cuando le salvé. Yo estaba vigilándole, segura de que era el eslabón débil por donde se rompería la cadena. Y la heroína está aquí, teniente, en el sótano.

—Cien millones de dólares en veneno... —murmuró Mac Mahon, entusiasmado.

—Eso te valdrá un ascenso.

—Pero aún he de resolver el misterio de las huellas dactilares del cadáver. Vamos a ver ese cargamento.

Ella les guió para que pudieran comprobar personalmente la importancia del descubrimiento. Una importancia que se agigantaba al pensar en la ingente cantidad de desgraciados que aquella maldita droga habría destruido hasta convertirlos en piltrafas babeantes.

Cuando recobró la voz, Mac Mahon gruñó:

—Ahora iremos a felicitar al amigo Joe, y quiero que usted venga conmigo, Robby. Será una gran cosa ver La cara de ese bastardo cuando la tenga delante...

CAPÍTULO XIV

Joe Ringold estacionó el coche y entró precipitadamente en el ahora silencioso edificio.

Subió las escaleras sumido en sus meditaciones. Unas meditaciones que giraban en torno a cien millones de dólares.

Arriba se detuvo como herido por un rayo.

—¿Qué diablos...?

Saxton balanceó la pistola.

—No nos gustó la escolta que nos puso, patrón —dijo con sorna —. Fue una sucia manera de pagarnos nuestra fidelidad.

—¡Espera un minuto! Debe haber algún error. Saxton...

Hale se echó a reír.

—El error fue tuyo, maldito bastardo. Creíste que podrías librarte de nosotros sólo porque nos falló un golpe. ¡Dale ya, Saxton!

—¡Espera! —aulló el forajido.

Saxton enseñó los dientes en una fea mueca.

Joe lanzó la mano al bolsillo trasero del pantalón. Sus dedos lograron cerrarse en torno a la culata de su arma, pero entonces la pistola de Saxton rugió una y otra vez y los impactos le zarandearon, empujándole hacia atrás. Sus pies no encontraron el primer escalón y de pronto desapareció escaleras abajo dando tumbos.

Hale masculló:

—Buen trabajo, Saxton.

—La policía debería damos una medalla por eso —rió el asesino.

Arrojó la pistola a un rincón después de limpiarla de huellas y ambos bajaron las escaleras tranquilamente. Abajo, el cuerpo sin vida del cabecilla del crimen se desangraba por la multitud de agujeros que le acribillaban. Hale abrió la puerta y salió, seguido de Saxton.

Se detuvieron en seco ante las pistolas que les amenazaban.

—¡Quietos ahí, bastardos! —rugió Mac Mahon—. Regístrales, Brand.

El periodista comprobó que no llevaban más armas. Unas esposas se cerraron en torno a sus muñecas sin que ninguno de los dos saliera de su estupor.

—¿Contra quién han disparado ahí dentro? —preguntó el teniente.

Cuando se disponían a responder, la muchacha surgió de la oscuridad. Ambos se quedaron muy rígidos, mirándola. Saxton recordó el espantoso tajo que cercenó aquella garganta de marfil y emitió un chillido, retrocediendo.

Hale cayó sentado a su lado, barbotando palabras incomprensibles...

Todavía seguían medio locos cuando se los llevaron rumbo a las celdas, ante la satisfacción de la policía.

El último problema del teniente se resolvió en su oficina, horas más tarde. Rojo de cólera, por supuesto, pero lo resolvió.

—Estoy rodeado de ineptos —le confesó a Brand, más tarde, con voz amarga—. El maldito Randler tenía una cita con una fulana... ella estaba esperándole en su apartamento dispuesta a interpretar una escena de amor. ¿Comprendes? Bueno, en lugar de ir al depósito a tomar las huellas del cadáver, fue al archivo y sacó copias de las que ya poseíamos de Roberta. Así pudo acudir a su cita a tiempo...

—Te la jugó buena, ¿eh?

—Bien, en parte la culpa fue mía —confesó Mac Mahon humildemente—. Yo le dije que la mujer muerta era Roberta Cutler, así que él consideró que no tenía objeto ir hasta los muelles sólo para tomar unas huellas que tenía aquí, al alcance de la mano.

—Con lo cual creó un fantasma. Y a propósito de fantasma... ella está esperándome. Nos veremos a mi vuelta, Mac.

—¿A tu vuelta de dónde?

—Del viaje de luna de miel, idiota, ¿no te dije que voy a casarme con Roberta?

Salió, cerrando de un portazo.

Cuando el policía recobró el habla, el reportero debía encontrarse a diez millas de distancia por lo menos.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

